8

montevideo

LOS BARRIOS II

aníbal barrios pintos



ERRATAS

En el Volumen 4, Los Barrios I, se han deslizado algunas erratas que nos apresuramos a salvar.

Pág.	Col.	Donde dice	Debe decir
18	1	Pedro D'Albenas	P. D'Albenas. Igualmente en pág. 20, col. 3.
18	3	benguelas, munyolas	banguelas, munyolos.
25	3	a esos delincuentes y desertores	a delincuentes y desertores
31	1	Fue mandada vender	Fue mandada levantar
32	1	26 de marzo de 1895	28 de marzo de 1895
32	1	con su mayoral...	con su cochero y guarda por las aguas desatadas, que no ahogaron el tiro pero sí los hombres.
32	1	Hacia 1783	Hacia 1873
35	2	Von Brussel	Van Bruyssel
38	1	Una alta cruz	Hacia 1708, una alta cruz
38	2	el itinerario de Carlos Anaya	el interinato de Carlos Anaya
50	3	la fabulosa cantidad actual de	la fabulosa cantidad actual [año 1968]
54	3	[reiteramos: 1812]	[reiteramos: 1912]
60	2	Cuando el cine se llamaba biógrafo.	Debe seguir - en semanario MARCHA, 15 de enero, 12 de febrero y 2 de abril de 1965

Presentamos a nuestros lectores las disculpas del caso.

montevideo
LOS BARRIOS II
aníbal barrios pintos

QUE ES UN BARRIO MONTEVIDEANO

Desde que el narrador Adolfo Montiel Ballesteros publicara en 1937 su novela "Barrio" —biografía de un barrio cualquiera de Montevideo, en la que describe su ambiente, sus personajes y su evolución desde que era "un ancho descampado baldío"— el desarrollo de la ciudad ha ido desdibujando lo que fue la imagen diferenciada de muchos de sus barrios.

En algunos de los hoy llamados residenciales, de viviendas con porteros eléctricos o con librea, está sensiblemente disminuida la relación de vecindad. En cambio, cuanto más humilde es su fisonomía externa, se hace más estrecha la convivencia, quizá porque las necesidades unen más que la prosperidad. En estos últimos, donde se ha demorado el arribo del impulso urbanístico, el alma original del barrio todavía anima los seres y las cosas.

Serenos y soledosos algunos, estremecidos otros con el zumbido de las plantas industriales, trasciende su intimidad a través de las ferias, del supermercado que va desplazando a la provisión "atendida por su propio dueño", de la panadería, de la casa de peinados, de la iglesia, de la escuela, del cine, de la peluquería, del café —recinto de confesiones y discusiones acaloradas e interminables—, que va dejando de ser "café" para convertirse en "bar", del club social y deportivo, que ha cedido en gran parte sus reuniones sabatinas a otras instituciones de los balnearios canelonenses, invadidos masivamente los fines de semana por integrantes de la clase media montevideana.

Alguna vez se ha intentado definir a los barrios como "zonas por las cuales crece la ciudad incesantemente y en sentido horizontal, buscando un equilibrio inalcanzable, una forma definitiva que nunca alcanzará".

Un barrio es eso, pero también es una suma menos computable: conversaciones de vereda a vereda, ejemplos de solidaridad humana, sillas que se sacan a la acera en los atardeceres estivales, radios atronadoras, ladridos de perros, parrilladas en las esquinas, silenciosas plazas donde se refugian los viejos y donde la niñez tiene su paraíso propio, vetustos caserones de muros descascarados, abandonados por familias y ocupados por "intrusos", chiquillos que han sustituido las fogatas de San Juan por la "manga" infantil del "vintén pal Judas", hoy ascendido, por obra de las devaluaciones, a moneda de diez pesos.

Un barrio es eso y mucho más. Es, son, también, espléndidas residencias que ocultan sus hermosos jardines floridos con una protección metálica que ha sustituido a las enredaderas; es la pieza del jubilado con sus muebles desvencijados; es el camión embanderado que sigue al club de su fervorosa simpatía; es la mujer que teje en las veredas sin perder de vista el más mínimo latido del barrio; es la tragedia que enlutó una vida; el termo bajo el brazo, las torres que se alzan en viejos edificios, el auto iluminado de los novios, los adolescentes que se vuelcan en la noche en sus veredas en busca del juego eterno del amor, los atentos y absortos observadores cuando la calle cambia su rostro; son los restaurantes donde se hace un arte místico del asado a la tablita, la cancha de Baby Fútbol; es el ambiente colorido y entrañable, muy poco reflejado en la literatura nacional.

Dejamos aquí esta prosa de lugares comunes para acercarnos al rostro individual de algunos barrios, "villas" y "pueblos", a su larga o breve, pero siempre sabrosa historia.



Fragmento del plano topográfico de la ciudad de Montevideo y alrededores, en tiempos del Sitio Grande (1846). Fue realizado por el agrimensor Pedro Pico y en él se señalan las quintas y caminos existentes, las baterías, las fortificaciones y las líneas avanzadas de la Plaza.

EN EL ESPACIO METROPOLITANO

POCITOS: DE ERIAL DE LAVANDERAS A EMULO DE COPACABANA

Por donde hoy está la calle 26 de Marzo, entre La Gaceta y Lorenzo Justiniano Pérez, corría hacia el río un arroyo sin nombre. Los juncos crecían libremente y la arena volaba impulsada por el viento, formando dunas de hasta diez metros de altura.

Un buen día, atraídas por las aguas limpias del arroyo, aparecieron por allí las lavanderas morenas. Excavaron cachimbas o pocitos junto a la ribera y comenzaron a lavar las ropas de sus amos, que residían en la ciudad. Luego plantaron pitas que sirvieron para tender la ropa lavada. Al arroyo, desde entonces, se le llamó de los Pocitos.

Seis colonos, llamados Manuel Sacia, José Bravo, Francisco Bagena, Joaquín Pereyra, Marcial Acosta y Manuel Antonio de León, se afincaron en sus cercanías en el siglo XIX. Sus chacras daban al camino de Punta Brava y sus fondos a los médanos. Otros se encontraban entre el mar y el arroyo de los Pocitos.

Un gran baldío se extendía entre los fondos de estos seis predios, en una zona cuyo perímetro abarcaba aproximadamente el espacio comprendido entre este arroyo por el Este, el Río de la Plata por el Sur y Sureste, el camino del Buceo y Punta Brava —hoy Francisco Muñoz y Ellauri— por el Norte y Noroeste y un camino que iba por donde hoy se extiende la calle 21 de Setiembre, por el Oeste. Este enorme baldío, que los citados agricultores no utilizaban porque no les resultaba de ninguna utilidad práctica, fue denunciado en 1831 al gobierno por el entonces teniente coronel de ingenieros, José María Reyes, y fue tasado a $ 6 la cuadra.

La antigua playa mensurada por el agrimensor Jones en 1833 ha desaparecido bajo las aguas. Las carretas areneras fueron responsables de esta pérdida, ya que desde entonces, y a partir de 1868 con mucha mayor intensidad, se extrajo arena de las dunas para emplearlas en las obras edilicias.

La extensión (casi 33 hectáreas) adquirida por la modestísima suma de $ 266, fue vendida por éste en 1841 a José Ramírez Pérez. El bien fue heredado parcialmente por su hijo mayor y albacea, Juan Pedro Ramírez, quien sumó a su cuota parte las demás fracciones, que adquirió a sus hermanos, para conservar el predio íntegro.

La idea de Juan Pedro Ramírez era implantar un pueblo en esos desiertos arenales. Comunicó su proyecto al agrimensor Demetrio Isola y destinó alrededor de 80.000 m^2. al trazado de las futuras calles, plan que luego hubo de ser sustituido por otro. Esto sucedía en 1868. Pero "Nuestra Señora de los Pocitos", que así se llamaría el futuro pueblo, no nació oficialmente hasta 1886. Fue entonces cuando Pedro Forte Gatto y Javier Álvarez (hijo), procediendo por orden de la Dirección General de Obras Públicas, levantaron el plano de delineación del Pueblo de los Pocitos". Otro paso hacia el futuro estaba dado. Pero aún faltaba mucho para llegar al auge edilicio y la consagración social.

El florecimiento de Pocitos obedeció a causas diversas que se conjugaron felizmente para determinar su brillante porvenir. Una, fundamental, fue la implantación del tranvía de caballitos; otra, la decisión de muchas familias del centro para constituir un balneario casi privado, ya que Ramírez era demasiado frecuentado; la tercera fue la creación de numerosos barrios constelados en su derredor, que se unieron naturalmente a él

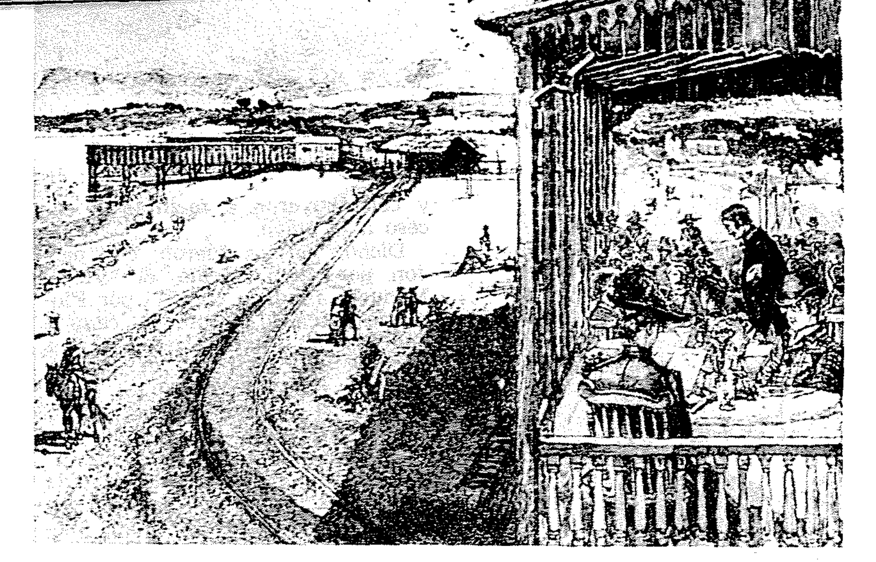


La elegancia veraniega de las montevideanas de aquellos tiempos del 1887, en la playa de los Pocitos.

y contribuyeron a facilitar el acceso a la playa.

Dichos barrios fueron, con perdón por algún olvido, el "Víctor Manuel", fundado en 1874 por Florencio Escardó, sobre el camino que iba de Punta Carreta a los Pocitos; en 1879, el "Caprera", también por Escardó, y los erigidos por el incansable Piria: "Castelar", en 1879, cuya población estaba compuesta inicialmente de artesanos y empleados del tranvía de Pocitos; "Artigas", en 1884, situado al noroeste de dicho pueblo; "Mario Méndez", también en 1884, en la bifurcación de las calles Rivera y Pereyra, a la entrada del pueblo; "Fortuna", en 1885, entre las calles Pereira y Garibaldi hoy Guayaquí, y dos calles vecinales; "de los Españoles", en 1896, que encerraba un área de 2½ hectáreas, con una espaciosa calle llamada 2 de Mayo; y "Trouville", en 1897. Posteriormente, en este siglo, "Tribuna", contiguo al anterior, fundado por Lapido, propietario del diario "La Tribuna Popular", y "Villa Biarritz", desde 1935, con nuevas e ininterrumpidas construcciones contribuyeron a acrecer y agraciar el abanico poderoso de Pocitos.

El 18 de noviembre de 1877 fue inaugurado el Primer Recreo de los Pocitos. Tenía "jardín con glorietas y mesas", y ofrecía platos especiales "al estilo del país", como asado con cuero al asador, tallarines y ravioles. La cultura no se descuidaba: ya existían en la localidad dos escuelas municipales, la de niñas Nº 6 y la de varones Nº 26, que funcionaban en el mismo local. Los maestros eran la Sra. de Artecona y el Sr. Candelas.



En 1891, Pocitos ya se perfilaba como "el Biarritz Oriental". En la temporada siguiente, las reuniones sociales fueron salpimentadas por la orquesta de Grasso.

Un lustro después, ante el ya tradicional aflujo de veraneantes argentinos, que llegaban con el doble incentivo de los baños y de pasar en Montevideo la temporada estival, fue inaugurado el 25 de diciembre de 1882, con un espléndido baile, un salón destinado a restaurante. Tenía un techo de madera pintado en color lila y estaba alumbrado por "64 picos de gas neumático". Fue emplazado en medio de los dos departamentos para baños (el de señoras y el de hombres) compuesto cada uno de 68 casillas, provistas de perchas, espejos y lavatorios de agua dulce.

Pocitos ya era considerado el primer balneario de América del Sur y su playa constituía el punto de reunión, por las mañanas y las tardes, de nuestra "high life". Una cuerda servía de sostén contra el oleaje a las bañistas.

Los almuerzos tenían estos precios en el restaurante francés del señor Lede; tres platos, postre, pan y vino: $ 0,50; "a la carte", cada plato para uno, $ 0,12; café con leche, $ 0,10; con manteca, $ 0,16; chocolate con manteca, $ 0,20; café negro, $ 0,06. Bebidas: ajenjo, bitter, vermouth, etc., $ 0,08; refrescos de todas clases, $ 0,08; chartreuse, $ 0,12; vinos oporto y jerez, $ 0,12.

El viaje en el tranvía a los Pocitos, que se extendía a Buceo y Unión, costaba desde la Plaza Independencia al balneario 20 centésimos ida y vuelta, y en el precio se incluía la ocupación de una casilla.

Un año después, en diciembre de 1883, los almuerzos tenían categoría internacional, como lo demuestra el siguiente menú: Consomé de volaille á la Orleans, hors d'oeuvres assorties, filets de poisson á la Colbert petits pâtés chaudes au Pocitos, Supréme de volailles Marechale, Chateaubriand bernaise, asperges sauce hollandaise, selle de mouton á la Broche, salade Romaine, souflet au cacao, desserts assortis y fruits de la saison. Vinos Cachetvert, Château Leoville, Haut Sauterne, Champagne frappé, Jerez y Oporto.

Todo era sosegado, sereno, lleno de lenta pereza. Entonces no había prisa. Los montevideanos no eran todavía esclavos del reloj.

En el verano de 1887 se efectuaron regatas, amenizando la competencia deportiva la banda del regimiento de artillería. Por las noches, la orquesta del maestro Formentini encendía el entusiasmo de la concurrencia con sus melodías.

El 1º de enero de 1888, a pesar del mal tiempo y de la lluvia, fue inaugurado el Gran Hotel Balneario de los Argentinos, en la esquina de las actuales calles de Chucarro y Pereyra. Disponía de montañas rusas, hamacas, juegos, billar y sala de lectura. El gerente director de las obras fue Florencio Escardó. La fiesta inaugural, amenizada por la orquesta del maestro Irigoyen, continuó con una cena y finalizó con un baile que duró hasta las cuatro de la madrugada, pero la concurrencia permaneció allí hasta las diez.

Pero Los Pocitos tenía también otra fisonomía. Un periodista que visita la localidad en julio de 1890 nos la describe así, en tiempos en que el Banco Constructor se aprestaba a rematar en mensualidades de 15 pesos, en "el Biarritz Oriental", solares "situados entre las

calles Artigas [hoy Masini], del Puente [actual 26 de Marzo], Garibaldi [Guayaquí como ya indicamos] y Lavadero [luego Francisco Berro], en el corazón del pueblo, circundados por los lindos chalets de Howard y Domínguez, el Gran Hotel de los Argentinos, el Gran Restaurant de los Baños, [que había inaugurado su piscina en enero de 1889], la gran fábrica de papel, la iglesia y la preciosa casa del Sr. Francisco A. Vidal."

"Los Pocitos —escribía el periodista montevideano— es una localidad bonita y bien situada, pero difícilmente llegará a adquirir importancia bajo el punto de vista social y comercial.

"Es un pueblo esencialmente obrero. La mayoría de sus hombres son canteros y lavanderas sus mujeres. No obstante residen allí familias pudientes, construyéndose actualmente muchos edificios y dos hermosísimos chalets: uno por cuenta del diputado don Rufino T. Domínguez y otro propiedad del Sr. Lafont."

Contaba la localidad en la época con varios negocios: 18 almacenes, 2 tiendas, 3 carnicerías, 3 billares y la botica del señor Nicolás Falco; la policía ocupaba en la calle Pereira una casa que constaba de dos piezas y un galpón; los faroles se apagaban a las once de la noche, no obstante haberse comprometido el contratista a mantenerlos con luz hasta la madrugada.

En febrero de 1892, época en que las reuniones sociales eran salpimentadas por la orquesta de Grasso, un imponente incendio redujo a cenizas el local del restaurante de los Sres. Ángel Salvador y J. Scarcela, e incluso dos cuerpos de las casillas de baños para

Pocitos, en los primeros años del siglo XX.





Estampa actual de Pocitos, con su dinamismo edilicio y su trepidante ritmo de progreso.

hombres. Gracias a la acción de los bomberos quedó en pie sin sufrir daños de consideración el puente, que partiendo del muelle entraba en el mar. Era paseo obligado de la concurrencia en las noches de verano.

En ocasiones se corrían regatas como las que organizara en marzo de 1901 el Montevideo Rowing Club, presenciadas desde la terraza de madera por animada concurrencia.

El período 1904-1914 ha sido evocado en nuestros días por Guillermo García Moyano, que rehizo con penetrante prosa sus recuerdos de niño en el Pueblo de los Pocitos.

En 1906 llega el primer tranvía eléctrico; en 1910 se inaugura la explanada asfaltada, iluminada con arcos voltaicos; dos años después inicia sus actividades el Hotel de los Pocitos, de seiscientas habitaciones y con una gran terraza de la que partía un muelle —con un quiosco de música—, que se internaba en el mar. Será centro de bailes y banquetes donde las hermosas montevideanas de la sociedad alta lucirán sus largos y albos vestidos, rivalizando en distinción, elegancia y belleza. En la rambla, sus vestimentas de calle harán decir a un cronista que una dama inglesa no los usaría "sino en la ópera o en un salón".

Para dar una idea de lo que influyó en el desarrollo de Pocitos la empresa tranviaria Sociedad Comercial de Montevideo basta decir que hacia 1912 la compañía era propietaria del Hotel de los Pocitos —además, del Gran Parque Central—, y de las casillas y carritos de baños para hombres instalados en dicha playa y en la de Ramírez.

Ya el balneario estaba consagrado. Múltiples chalets, de variados estilos arquitectónicos, algunos lujosísimos adornaban sus calles. Pero muchas de estas residencias eran habitadas sólo en la temporada estival. En 1916, se abre la costanera entre Pocitos y Punta Carretas.

Aumentan incensantemente los pobladores, se redobla el tránsito, se habilita la piscina de Trouville, sede de torneos internacionales.

TARDE DE DOMINGO EN POCITOS

A la hora diecisiete, de un domingo estival cualquiera, Pocitos es dentro de la capital, otro mundo internacional aparte. Millares de personas acaloradas se disputan la mínima sombra y todo lugar que permita sentarse. Hombres y mujeres, niños y ancianos, jóvenes y personas maduras, esmaltan la playa y sus alrededores con la calidez de su presencia humana. Mientras unos llegan, otros se retiran. Igual que olas. Están los que esperan el ómnibus de regreso al hogar, llenos de fatiga y arena y los que recién se introducen para tomar el primer baño de la tarde. Están los que aportan la nota al calor local y al folklore, llevando a la playa el bullicio de sus panderetas y tamboriles o las diminutas radios portátiles a transistores. Una por cada diez cabezas de bañistas podrían proporcionar diversión. Diez radios para diez usufructuarios, apegados codo con codo, bajo carpas más y más compartidas, cuya sombra se achica con cada nueva remesa de locatarios que llega, son una forma de Babel musical que requiere oídos de artillero, un pasaporte para el trauma síquico de quien no soporta diez sonidos distintos a un tiempo. Están también los que hacen deporte. La modelo rubia y la chica empleada de tienda. Los que se aíslan con un libro de ciencia-ficción. Los que toman mate. Los que charlan. Los que comentan el último chisme que atañe a Jane Mansfield. Los que miran y critican a los otros con un empeño tan liberal que los exime olímpicamente de toda autocrítica. Están los niños que salpican con arena o son una esponja chorreante sobre los bañistas de sol, con orden exclusiva del médico para no mojarse. Están los adolescentes separados en su envidiable isla de amor. Están las muchachas de cara bonita y el cuerpo bien formado y las que se conforman pensando que tienen talento. Están, además, las fachadas de enfrente, los bien compartidos balcones de las residencias de la rambla, cuyos moradores salen también a festejar la brisa, tomar un refresco o charlar. Balcones tumultuosos y fecundos, de domingo ocioso, que sirven de mirador para esa otra colmena u hormiguero hirviente que es la playa cercana, de donde llega intacta la risa de una mujer, que rebota de una sombrilla a otra.

Pocitos a la hora diecisiete. Escaparate de vanidad y de hermosas mujeres. De exhibicionistas que sienten el deseo implícito de mostrarse. De madres que van por turno a reclamar sus chiquillos perdidos al despacho de la Policía Marítima. De gente que provoca un malón si ve a una muchacha en bikini. De gente que se mira y recela. De gente que se mira y llega a entendimiento de tácita tolerancia. De gente que se mira pensando que va a arder Troya, si cada uno de los vecinos circunstanciales no respeta los límites y el sitio de la sombrilla cuya sombra enmarca la zona de los dominios personales.

J. R. CRAVEA
(Suplemento Dominical de "El Día", 26 de febrero de 1961.)

Un nuevo mundo de residencias surge así sobre el antiguo pasado de lavanderas, inmigrantes italianos y bañistas recatados.

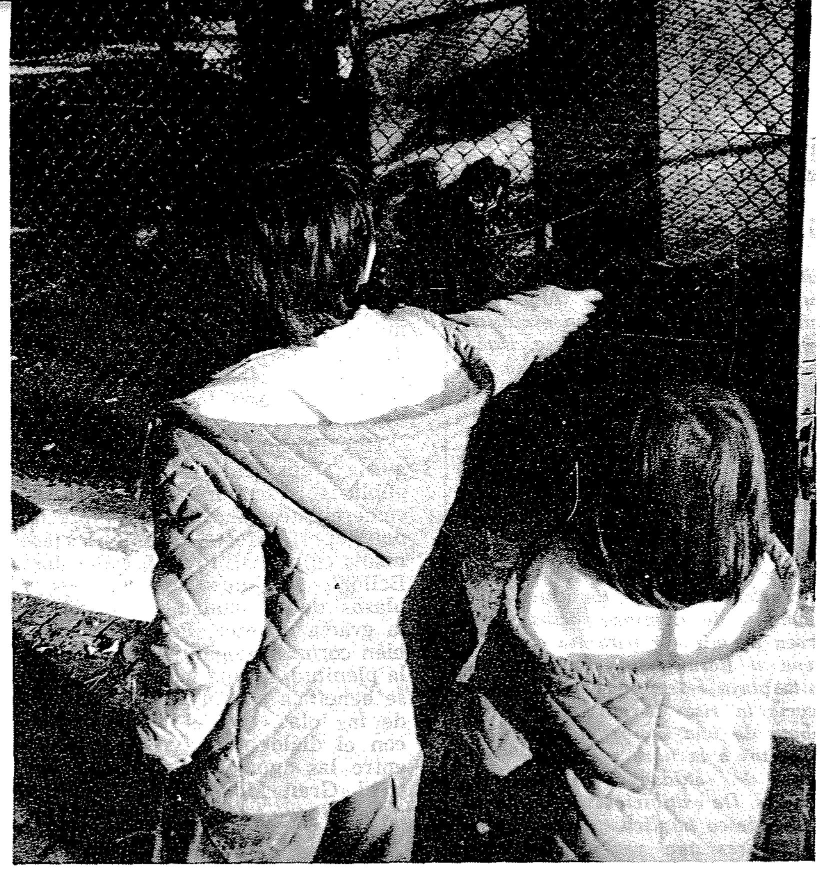
La técnica edilicia irrumpe junto al mar. Pocitos se va a las nubes. Desde la década del 40, modernas construcciones que emulan las de Copacabana sustituyen vertiginosamente a los viejos chalets levantados frente a la rambla.

Hoy Pocitos es residencia de figuras representativas —hombres públicos, escritores, industriales, comerciantes, hacendados, profesionales, profesores— y de una clase media culta. Allí tuvo su taller José Belloni, que puso en parques y plazas de la ciudad, el toque de la gracia estética. Pocitos es también corazón elegante de la ciudad, la plenitud de una vida soleada que se beneficia con el perpetuo rumor de las olas, con el viento fresco, con el diálogo cordial y reiterado entre las aguas del río como mar y el Gran Montevideo.

VILLA DOLORES

El Jardín Zoológico de Montevideo, donde tantas horas de solaz pasan los grandes y los chicos en las horas largas del domingo, nació de una iniciativa particular.

Alejo Atanasio Rosell y Rius, nacido en 1848, fue el comerciante, hacendado y filántropo que hizo posible el surgimiento del zoológico. Casado con Dolores Pereira, nieta a la vez del presidente Gabriel A. Pereira y de Félix Buxareo, la obra de estos esposos estuvo orientada, como espíritus liberales que eran, a las empresas de orden filantrópico, en especial las vinculadas con la ayuda a los



Villa Dolores: el viejo y clásico paseo donde la niñez tiene un paraíso propio en la ciudad.

niños y con el mejoramiento de las condiciones de salud del país.

Una de las características de su personalidad está presente en el siguiente dato. Dueño de numerosísimas casas de inquilinato —entre otras, 3 grupos en el Reducto con 157 departamentos; en el Palacio Colón (Cerrito 714 al 738, con 96 departamentos; un grupo en la calle Washington, con 24; otro en la plaza Zabala con 9 casas y otro en la calle Dr. Eduardo Acevedo esq. Colonia con 12; pequeños grupos en la calle Rivera y en sus proximidades, etc.—, establecían el monto de los alquileres de acuerdo con la capacidad de los ocupantes.

Poco antes de morir, en 1918, Rosell y Rius donó sin condiciones al Municipio de Montevideo su zoológico particular, llamado Villa Dolores como recuerdo del nombre de su esposa.

La afición de Rosell y Rius data de 1890, cuando comenzó a coleccionar en sus diversas fincas distintos animales traídos de todas partes del mundo. El gran proveedor de fieras era el famoso Hagenback, de Hamburgo, pero también fueron cuantiosas las contribuciones del Dr. John N. Ruffin, de Nueva York.

En el año 1956 la antigua denominación de "Villa Dolores" fue cambiada por la de "Parque Pereira Rosell".

En la actualidad, los atractivos del zoológico se han visto acrecentados por la construcción del Planetario Municipal, inaugurado en 1955, que posee uno de los más perfectos instrumentos de América y una sala con capacidad para más de trescientos espectadores.

"Villa Dolores" ha dado su nombre al barrio levantado en su alrededor, hoy soldado por el progreso al cuerpo dinámico de la ciudad.

Antiguamente, según el Dr. Luis Bonavita, la chacra donde Félix Buxareo levantó su saladero englobaba Villa Dolores y el arroyo de los Pocitos, que antes se llamó arroyo de Silva. Su terreno era el del que fuera saladero de Silva, ubicado al este del actual parque Batlle y Ordóñez, y tenía como lindero al saladero de Pereira. En su predio, afirma Horacio Arredondo, Felisa Buxareo de Cibils levantó la capilla de San Félix en recuerdo de sus padres, Félix Buxareo y Petrona Reboledo.

TRES CRUCES, LA BLANQUEADA Y PARQUE BATLLE Y ORDOÑEZ

El casi no nombrado —aunque existente— barrio de las Tres Cruces se halla situado en el cruce de las avenidas 8 de Octubre e Italia (antiguo camino de la Aldea).

Según Isidoro de María el lugar recibió su nombre "por las Tres Cruces de Madera que señalara a principios del siglo XVIII el lugar donde se consumó el asesinato de tres víctimas por malhechores".

En 1812, antes de llegar el general Rondeau a formalizar el sitio de Montevideo, las partidas volantes del intrépido artiguista Culta se aproximaban a Tres Cruces, retirándose en horas de la noche al Peñarol o a Las Piedras.

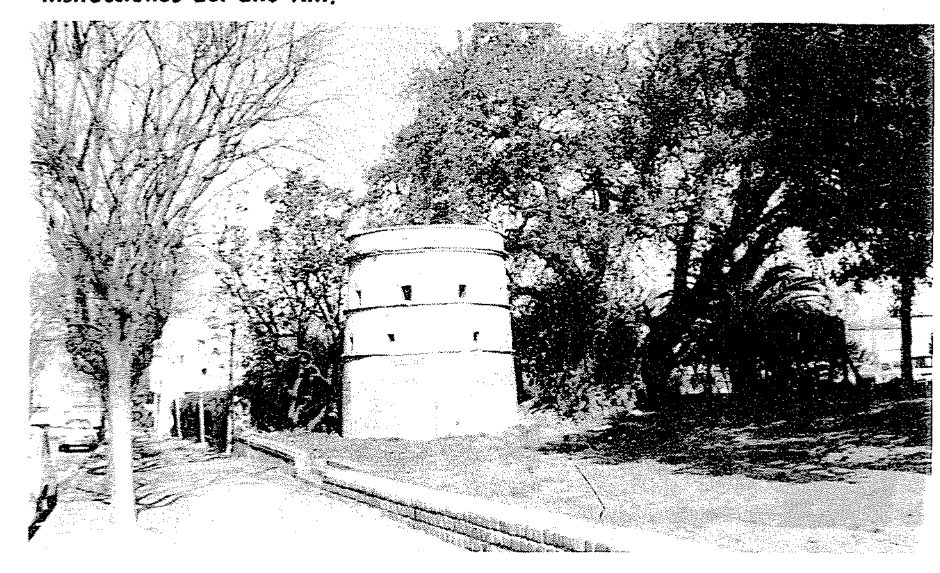
En dicho paraje se encontraba la chacra de la que Manuel Sainz de Cavia fue "colono arrendatario", donde Artigas reunió en 1813 el Congreso de Diputados Orientales para leerles sus famosas Instrucciones, donde fundamenta principios de libertad y de derechos humanos. El 5 de abril, en esa casa, el prócer enumeró los capítulos de su inmortal herencia cívica ante los diputados Suárez, Barreiro, Larrañaga, Vidal y Méndez. Aún subsiste un torreón ubicado junto a un ombú en el predio de la que fuera chacra de Cavia, pero de época posterior, frente a la calle Avelino Miranda.

En los primeros tiempos de nuestra República se encontraba establecido en Tres Cruces el saladero y grasería del español Francisco Martínez Nieto, establecimiento que luego perteneciera a Gabriel Antonio Pereira y que dio un progreso decisivo a la industria de las grasas, con la utilización del vapor.

"Fue ésta —dice Jorge Grünwaldt Ramasso— la primera industria que, en la República, se valió de este fluido como trasmisor del calor, pero no como fuerza motriz." Agrega el autor estos datos de interés: "En el año 1831 —se presume— fue importada de Inglaterra la primera caldera de vapor" con aquella finalidad, y en 1832 Martínez Nieto obtuvo "el medio de extraer la grasa en gruesas cantidades de varios residuos animales, entonces sin destino útil, por una feliz y simple aplicación del vapor imaginado por él. El dispositivo construido por Martínez Nieto debió consistir en tachos de hierro recorridos por serpentines, en cuya agua sobrenadaban las grasas fundidas."

El procedimiento de Martínez Nieto fue adoptado y perfeccionado por otros saladeros, y tan pronto como el uso del vapor fue utilizado en mayor escala, la grasa y el sebo se constituyeron en importante rubro de exportación en la época. Otro saladero situado en Tres Cruces, hacia el principio de la cuarta

En la que fuera casa-quinta del escribano Manuel José Sainz de Cavia, en las cercanías de este viejo palomar, Artigas dictó las llamadas Instrucciones del año XIII.



década del siglo XIX, el de Juan Hall,. también incorporó otros adelantos: cancha con piso artificial, techo para desollar y torno.

Un episodio heroico tuvo lugar durante el Sitio Grande en Tres Cruces, cuando el coronel José Neira, defensor de Montevideo, cayó mortalmente herido de bala el 17 de noviembre de 1843, cuando avanzaba en misión de reconocimiento con una guerrilla de veinte hombres. Para impedir que el cuerpo de Neira fuera profanado por los enemigos, el Cnel. Garibaldi y un grupo de legionarios italianos atacaron los puestos enemigos y rescataron el cadáver tras violenta lucha.

Cercano a la zona se hallaba la Chacra de la Paraguaya. En ella, según el relato de Carlos Anaya (el 10 de octubre de 1811, según lo afirman algunos autores), Artigas habría sido designado Jefe de los Orientales, en asamblea de ciudadanos, ante el diputado del gobierno de Buenos Aires Dr. José Julián Pérez.

Otros investigadores opinan que dicho pronunciamiento del pueblo oriental tuvo lugar el 23 de octubre de 1811, en las márgenes del río San José, lugar donde se recibió la ratificación del armisticio pactado con Buenos Aires.

"La Blanqueada". Óleo de Pedro Figari.



El historiador Dr. Luis Bonavita sostiene que el actual Parque Central formaba parte de la Chacra de la Paraguaya. En su aporte de pruebas ha publicado un fragmento del plano de Zerbino de 1798, ordenado por la Junta Municipal de Propios, que ubica la casa de Juana Suárez (a) La Paraguaya en 8 de Octubre y Garibaldi. Hemos observado el original aludido, en el Museo Histórico Municipal, y en él no identificamos dicha referencia. Igualmente el Dr. Bonavita ha presentado otro fragmento del plano copiado por el agrimensor B. Vazaño el 8 de octubre de 1858, correspondiente a los terrenos de propios del Cabildo de Montevideo, que inscribe dicha casa en la ubicación citada. Según una cita de Isidoro de María que figura en su "Montevideo Antiguo", el plano original habría sido levantado por el antiguo inspector de caminos Juan Orta.

Para quien le interese actualizar el tema, cabe agregar que el plano dedicado en diciembre de 1813 a Gaspar Vigodet, cuya copia existente en Madrid publicó el Dr. Carlos Travieso en su obra "Montevideo en la época colonial", ubica con el Nº 24 la "Chácara de la Paraguaya" al norte de la calle Monte Caseros en las cercanías de la actual Avda. Garibaldi.

A su vez, el Arq. Carlos Pérez Montero, trabajando con un viejo plano existente en el Museo Histórico Municipal, descubrió una abreviatura "ns Paya" —identificada

como "nombre supuesto: Paraguaya"— junto a una casa aislada sobre la actual calle Monte Caseros, en las inmediaciones de la actual calle Duvimioso Terra (Victoria) y actuales calles La Paz, Goes y Miguelete. Ésta sería, a su juicio, la ubicación contemporánea de la Chacra de La Paraguaya.

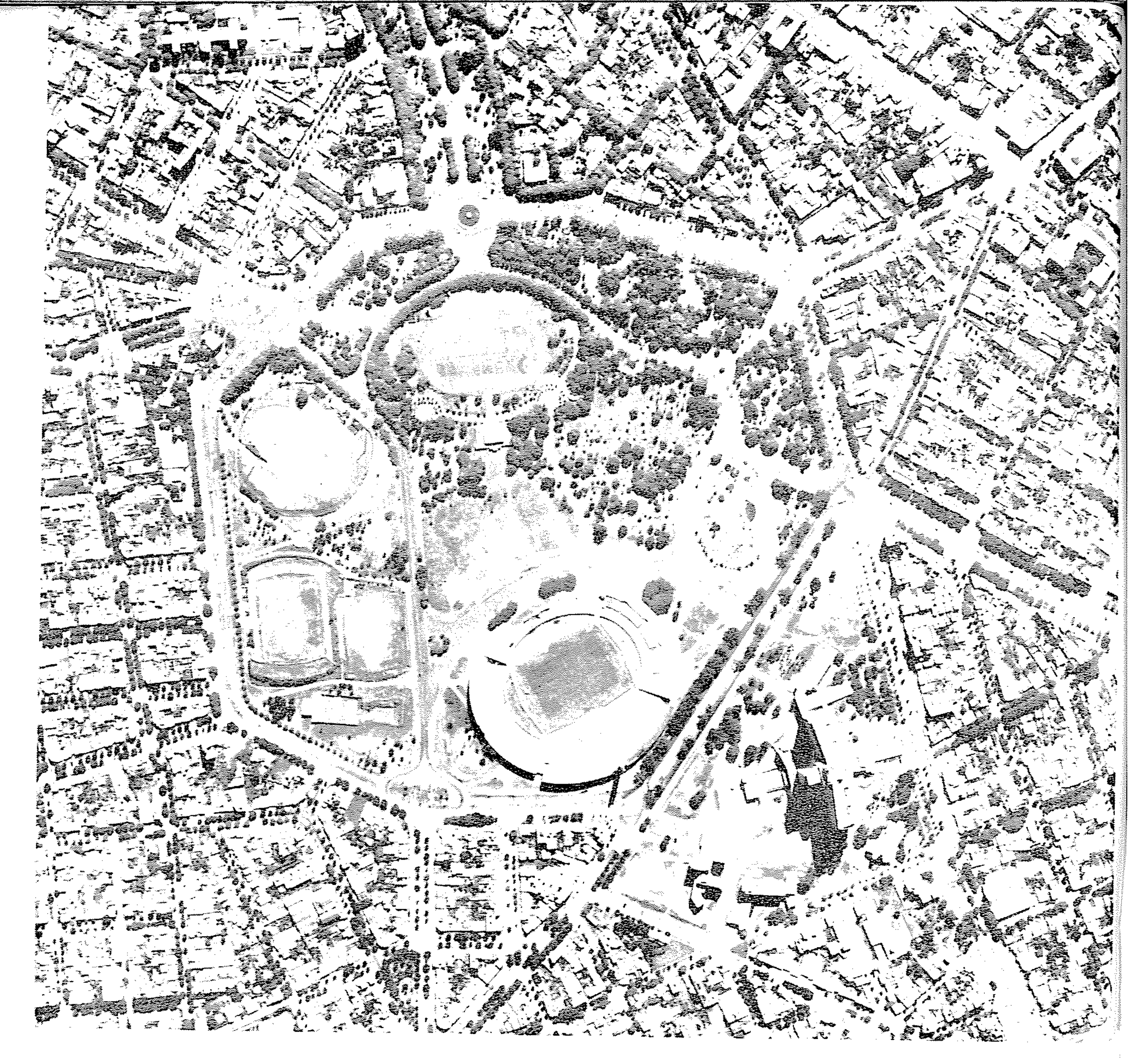
La base del "Gran Parque Central" fue una donación hecha en su testamento por el Sr. Antonio Pereyra y Vidal, fallecido en 1907. En dicho documento donaba 11 cuadras de su saladero para hacer un paseo público, con la condición que llevara su nombre. Su donación fue aceptada, pero como dicha superficie no era suficiente para destinarla a parque, el Poder Ejecutivo resolvió agrandarla adquiriendo, ese mismo año, 37 hectáreas de terrenos contiguos al anterior y, en 1913, otras parcelas más.

Su destino deportivo tuvo comienzo el 25 de Mayo de 1900, en oportunidad del encuentro entre el "Deustcher Fussball Klub Montevideo" y el "C.U.R.C.C.", en el campo cedido por el directorio de la empresa del tranvía a La Unión y Maroñas, en camino Cibils casi 8 de Octubre. En esa parte de su amplio predio el Club Nacional de Football, coincidiendo con el 45º aniversario de su fundación, inauguró en 1944 las instalaciones de su actual estadio deportivo.

Los sectores más amplios fueron arbolados hacia 1911 y diseñados por el arquitecto y proyectista de parques y jardines Carlos Thays, que dio así al Gran Parque Pereyra una elegante fisonomía paisajística. El triunfo de las armas aliadas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) cambió su nombre por Parque



La famosa escultura de Belloni "La carreta" y la mole ciclópea del Hospital de Clínicas, estampa del parque José Batlle y Ordóñez grata a los visitantes de la capital uruguaya.



La zona del parque Batlle y Ordóñez, vasta geografía de silencio y abrazo vegetal de la ciudad.

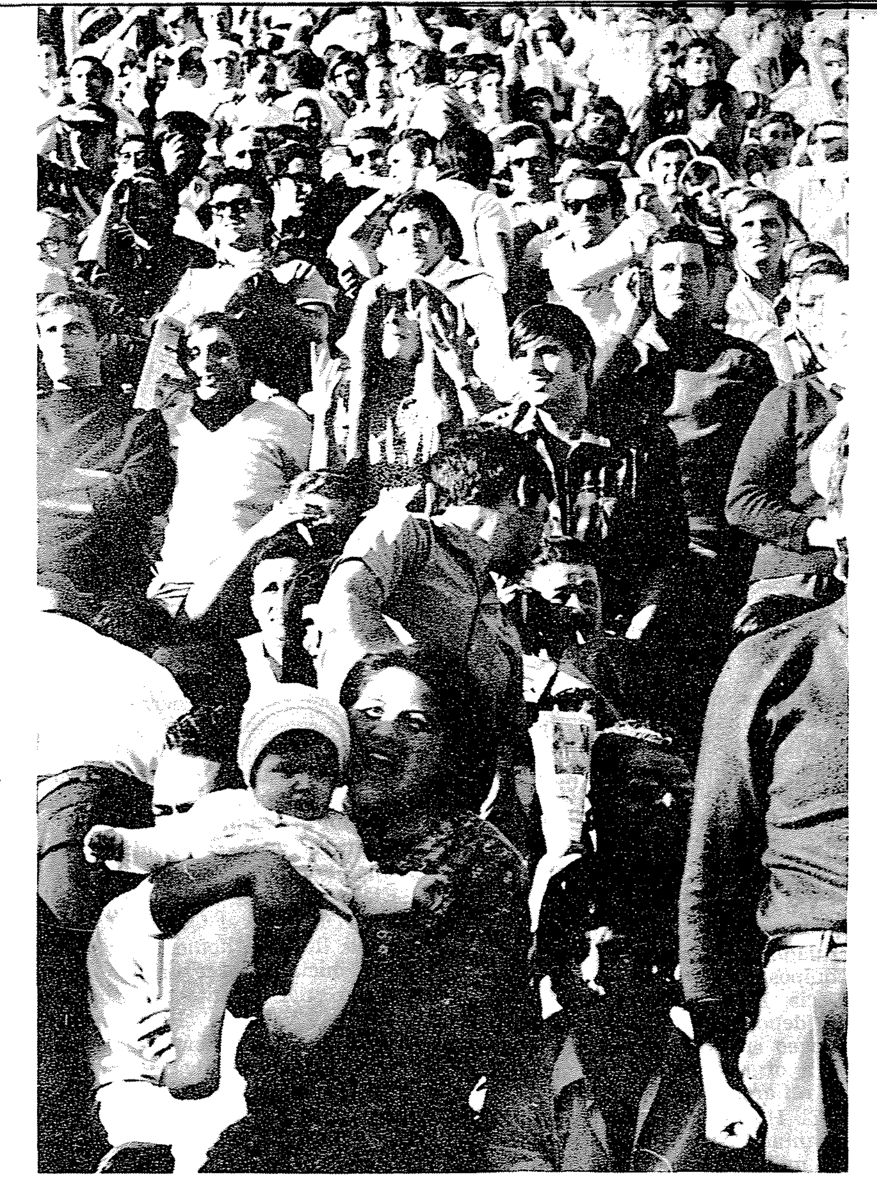
Foto: Servicio Geográfico Militar.

de los Aliados y en 1930 se le denominó finalmente "Parque Batlle y Ordóñez", en homenaje a dicho gobernante, fallecido el año anterior.

En la actualidad posee una superficie de 60 hás. donde se hallan el Estadio Centenario, máximo escenario deportivo uruguayo donde el seleccionado uruguayo de fútbol se clasificó campeón mundial en 1930; la pista de Atletismo de la Comisión de Educación Fisica, el Velódromo Nacional y los monumentos a la Carreta, de Belloni, al Dr. Luis Morquio, al Maestro, al Dr. Francisco Soca, al Gral. Eugenio Garzón, a Franklin Delano Roosevelt y el Obelisco a los constituyentes de 1830, entre otros.

La actual iglesia llamada de Tierra Santa, que domina con su espigada silueta un amplio trecho de la avenida 8 de Octubre, tuvo su humilde origen en una "comisaría franciscana" creada en el lugar —poblado de terrenos baldíos o dedicados al cultivo de hortalizas y frutales— hacia 1894 y convertida en sede edilicia por 1897, en instalaciones precarias y humildes. Dos años después se coloca la piedra fundamental de la que sería, con el tiempo, la Iglesia de Tierra Santa. En el 1919 la iglesia fue elevada a la categoría de Parroquia con el nombre de "Nuestra Señora de los Dolores".

Por 8 de Octubre hacia afuera, siguiendo la línea de alturas de la Cuchilla Grande y desde la actual calle Jaime Cibils, se encontraba La Blanqueada, cuyo nombre según Orestes Araújo "deriva de una casa blanqueada que hubo allí". Hacia 1912 tenía el mismo nombre una de las principales ca-



Una tarde de sol en el estadio Centenario. Aquí, el montevideano olvida fugazmente su límite de resistencia ante la crisis, que también ha llegado al fútbol.

sas de comercio que existían en ese arrabal montevideano de entonces.

En La Blanqueada se encontraba el campo de juego del Montevideo Cricket Club, fundado el 18 de julio de 1861. Ocupaba un predio situado en la ubicación actual del Hospital Militar, rodeado de quintas y chacras, que luego tuvieron que abandonar en julio de 1892.

El cricket, según José L. Buzzetti y Eduardo Gutiérrez Cortinas, "fue nuestro primer deporte organizado y el más querido y apreciado por la colectividad británica, que a través del tiempo intentó implantarlo primero con el Victoria, en 1842, después con el Montevideo en 1861, posteriormente con el CURCC en 1891".

Allí, en La Blanqueada, se realizó en 1881 el primer match de fútbol interclubes entre el Montevideo Cricket y el Montevideo Rowing y el primer match rioplatense el 15 de agosto de 1889, entre el "team" de Montevideo y el de Buenos Aires.

En este campo del Montevideo Cricket Club se practicó posteriormente tenis, mientras en otro situado a pocas cuadras jugaron equipos de fútbol y de rugby. Hacia 1891, según dichos autores, el deporte británico logrará su apogeo en nuestro medio en cuanto a organización y programación se refiere.

El Hospital Militar Central fue levantado por el aporte privado de los militares, a iniciativa del Cnel. Pedro de León. En 1905, luego de más de quince años de trabajos reuniendo fondos, la obra quedaba terminada. Fue así entregada al Estado, que el 18 de julio de 1908 la inauguró solemnemente. Otras importantes instituciones castrenses de la zona son el Servicio de Material y Armamento y el Instituto Militar de Estudios Superiores.

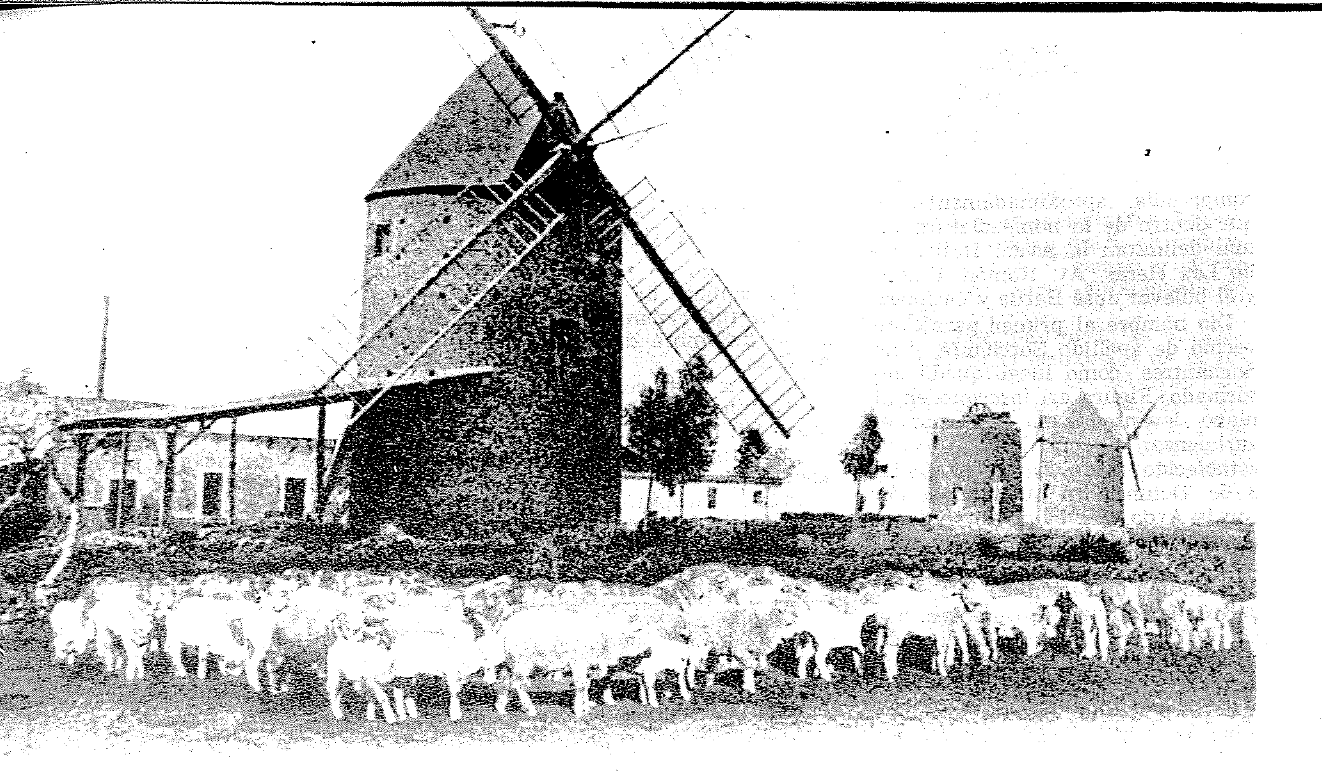
Numerosos sanatorios y clínicas particulares, importantes mutualistas, laboratorios y hospitales caracterizan a la zona. Entre ellos, el Hospital Británico y el Hospital Humberto I (Italiano), éste de severas y puras líneas renacentistas, construido entre 1885 y 1890 bajo la dirección del arquitecto italiano Luis Andreoni.

A su vez, el hospital Pereira Rossell fue edificado sobre un terreno donado a tal fin por don Alejo Rossell y su esposa doña Dolores Pereira. En 1900 se decretó su creación por el gobierno de Juan Lindolfo Cuestas y en 1902 dieron comienzo las obras. Los planos de este hospital, dedicado a niños, maternidad y ginecología, fueron trazados por el arquitecto francés Henri Ebrard y se libró al servicio público en 1908.

El monumental Hospital de Clínicas "Dr. Manuel Quintela", nombre que lleva en homenaje al autor de la iniciativa, fue erigido sobre proyecto del arquitecto uruguayo Carlos A. Surraco. Para llevarlo a cabo fue menester trazar 2.500 planos, lo que da idea de su magnitud. Tiene en sus veintidós pisos más de 2.000 ambientes. Más de un cuarto de siglo dedicó el Dr. Eduardo Acevedo al cuidado de la erección de esta gran obra nacional, en la que intervinieron 30.000 obreros, en su mayoría especializados.

La zona actualmente se encuentra en una etapa de transformación urbanística, luego de haber sido descongestionado en parte su intenso tránsito de vehículos automotores por el túnel que corre por debajo de la Av. 8 de Octubre, desde Presidente Batlle hasta su intersección en Colonia.

En la plaza Artigas se construye, con justicia histórica, el monu-



Estampa de principios del siglo XX. Molino "La Llave" de Della Cella, en la calle Pan de Azúcar entre Cabrera y Timoteo Aparicio. Al fondo sobre la derecha, se ven los molinos del "Galgo". Uno de ellos, subsiste en el predio del Club Atlético Unión (calle Pan de Azúcar y Timoteo Aparicio). En sus aledaños se levantó la Plaza de Toros de La Unión, en la ubicación de la actual plazuela de Pamplona y Odense. Otros testimonios centenarios de nuestra industria harinera puede aún ver el montevideano, que tanto ignora la historia de su ciudad, en el predio de la calle Molinos de Raffo al 776, cercano a la Av. Millán.

mento ecuestre al Gral. Fructuoso Rivera, obra del escultor argentino José Fioravanti y del arquitecto Carlos C. de la Carcova. Montevideo sigue postergando el mismo homenaje, instituido por ley del 7 de diciembre de 1961, al libertador Juan Antonio Lavalleja.

SOCHANTRES Y LA ALDEA

Los núcleos de población que se conocían con estas denominaciones a principios de este siglo estaban situados, el primero, Sochantres, contiguo a Tres Cruces, entre el entonces Camino 8 de Octubre y el que conducía a La Aldea, actual Avda. Italia, como ya dijimos. Ese último se hallaba ubicado entre La Blanqueada y la Villa de la Unión, de la cual estaba separado por el Camino de Propios.

La zona de "La Aldea", según el escribano Ramón Ricardo Pampín

comprendía, aproximadamente, lo que dentro de la nomenclatura actual delimitan la Avda. Italia, calle Las Heras, Av. Ramón Anador y el bulevar José Batlle y Ordóñez.

Dio nombre al primer paraje un vecino de apellido Sorchante, y no Sochantres, como luego quedó deformado. Figura así inscripto en el plano levantado en 1867 por el agrimensor P. D'Albenas, como establecido sobre la actual Avda. 8 de Octubre en su intersección con la Avda. Garibaldi. Otro plano, el del Agr. Pedro Pico, de 1846, en tiempos del Sitio Grande, lo señala en una ubicación cercana, donde existía un vigía. Sochantres, hacia 1912, era un paraje poblado de quintas, casas de recreo y comercios.

Orestes Araújo publica una nómina de primeros pobladores y vecinos de La Aldea, entre las cuales se encontraba doña María (a) la Buena Moza, en cuya quinta hubo un oratorio y un cementerio. Según anotaciones del Dr. Luís Bonavita que obran en nuestro poder, su predio estaba situado sobre Larrañaga.

El mismo autor afirma, que Manuel y Jaime Illa y Viamont compraron en La Aldea, en 1832, un campo en el que instalaron un saladero, que vendieron en 1851 a Juan Gowland. Estaba compuesto de 59 cuadras, cruzado por el arroyo de la Buena Moza.

Estas zonas se van uniendo entre sí al fundarse otros barrios, como los de Rivadavia (1892) y General Flores (1896), ambos levantados por Francisco Piria.

GOES: UNA LEJANA VOCACION COMERCIAL

El Camino de la Figurita, uno de los caminos de entrada a Montevideo, fue denominado, desde el 20 de diciembre de 1866, Camino de Goes.

No sería éste, como se ha dicho, el Camino de Juan de Toledo (Juan Gil de Toledo, vecino poblador de Montevideo, según Juan A. Apolant).

En su "Geografía del Departamento de Montevideo", publicada en 1898 por Julián O. Miranda, afirma dicho autor que el Camino de la Cuchilla Grande, o de Juan de Toledo, nacía en Maroñas, pasaba por Piedras Blancas, y siguiendo en gran parte el curso de la Cuchilla Grande entraba al departamento de Canelones, después de cruzar el arroyo Toledo.

El camino Goes, que comenzaba en la plaza Sarandí, evocaba con su nombre a los hermanos Goes, Scipión y Vicente, que según Ruy Díaz de Guzmán introdujeron a Asunción desde el San Vicente, Brasil,hacia 1555, un toro y siete vacas, que luego, con su multiplicación y

EL SATAN DE GOES

La fiebre especulativa de la década del 80 había llegado a Goes, traída por ese hombre inquieto y financista discutido que fue el español Emilio Reus. "Satán en persona no habría producido en Montevideo la revolución que en todas las clases sociales produjo la presencia de Emilio Reus", dijo su contemporáneo, Domingo González. Ambicioso especulador o empresario creador, Emilio Reus, igual que el pintoresco y más sólido Francisco Piria, dejó huellas en la toponimia ciudadana, y las viviendas populares que levantara a un costado de Goes, en el Barrio de la Humedad, y que aún existen, llevaron su nombre. Hoy, ingratamente, la zona se llama oficialmente Villa Muñoz, pero el pueblo le sigue recordando como Barrio Reus. La sociedad conservadora de la época no vio, o no quiso ver, el intento del desgraciado Dr. Reus de construir viviendas baratas para las familias pobres. Los grandes capitales, los del Estado inclusive, sólo se preocupaban por financiar edificios de segura renta, olvidando que los humildes tienen necesidad de un techo que los ampare y termine con la obligación de pagar un alquiler cada día más abrumador que al cabo de cincuenta años no sirve siquiera para que el eterno inquilino sea dueño de un solo ladrillo de la casa que habitó toda una vida. El comentarista olvidó que Emilio Reus murió atendido por la caridad de sus vecinos en la humilde pieza de una casa ubicada en la calle Yaguarón, cerca de 18 de Julio, donde está hoy instalado El Día. Aún se recuerda la lista de personas que contribuyeron para pagar el entierro del Satán de Goes.

En "Goes y el viejo Café Vaccaro", 1948.
por JUAN CARLOS PATRÓN



Aquí estamos en la esquina de la Avda. Gral. Flores y Domingo Aramburú, la del café Vaccaro, una tradición de Goes.

otros aportes, a lo largo del tiempo iban a inaugurar nuestra Edad del Cuero.

Las caravanas de carretas cargadas de frutos del país tenían como natural destino la actual plaza de Cagancha, mal llamada Libertad, donde se encontraban los mercados abiertos de productos agrícolas y ganaderos. Pero la ciudad crecía y exigía nuevos espacios para la edificación. Ello determinó que en 1856 el gobierno de Gabriel Pereira decretara el traslado de dichas ferias a la plaza Sarandí. El camino que seguía la pedregosa cresta de la Cuchilla Grande continuaría cumpliendo con su misión comercial, pero la feria fue desplazada a las orillas de la ciudad, el cinturón donde el campo y la naciente gran urbe entablaban su diálogo.

Diez años más tarde se acentúa la importancia económica de la zona. En el 1866 el gobierno del general Flores obtuvo de los hermanos Guerra la cesión de amplios terrenos donde hoy se levanta el Palacio Legislativo y la Facultad de Medicina. Al finalizar el año se inaugura en el lugar un vasto mercado de frutos, que englobaba en su seno a la Plaza de Carretas y que tenía por limites, al este, la calle José L. Terra, por el oeste Marcelino Sosa, por el sur Yatay y por el norte, la actual Isidoro de María. Dicho mercado tenía un ajetreo permanente; en él la ciudad adquiría los productos de la campaña y ésta se asomaba, cautelosa, al bullicio cosmopolita.

Esta actividad comercial, desarrollada en el punto de partida de un camino que se prolongaba hacia el Cerrito de la Victoria y desde el almacén de La Figurita, por la actual avenida Gral. Garibaldi, le dio a Goes temprana y decisiva fisonomía.

Alrededor de la plaza-feria surgieron modestos pero abundantes locales. En ellos se alojaban pulperías, almacenes, fondas, corralones y barracas de acopio. Predominan las casas de material sobre los ranchos. Dice el Dr. Juan Carlos Patrón en sus amenas crónicas anecdóticas e histórico-costumbristas sobre el barrio Goes, que de las tres pulperías que en poco tiempo fueron instaladas alrededor de la plaza, la preferida era la del Gaucho, fundada antes de 1870,

donde hoy se cruzan General Flores y Yatay. Agrega dicho autor que "en la azotea del edificio se asomaba un gaucho con una copa en la mano, construido en terracota". La Pulpería del Gaucho "fue la madre espiritual del almacén de Yirumín, el que a su vez fue progenitor del Viejo Café Vaccaro, padre este último del Gran Café Vaccaro, el infortunado edificio de cuatro pisos".

Si bien la vocación comercial de Goes le otorga un memorial de transporte e intercambios, otra historia de guerreros alborea en sus comienzos.

Triunfantes las tropas patriotas de Rondeau en el Cerrito, las fuerzas realistas de Vigodet se retiraron por el camino de Goes, en la mañana del 12 de diciembre de 1812, para buscar amparo en el abrigo de la ciudad murada.

A partir de febrero de 1843, mes en el que el ejército del Gral. Oribe pone sitio a Montevideo, dicho camino es entonces vía de ir y venir de las tropas y de episodios de guerreros como el de la muerte del coronel Marcelino Sosa, caído el 8 de febrero de 1844 en un lugar cercano a la playa de la Aguada, luego desaparecida a consecuencia de las obras de construcción del puerto de Montevideo. Marcelino Lucas Sosa había tenido intervención personal en las batallas de Rincón, Sarandí, Ituzaingó y Cagancha.

El 20 de febrero de 1865, las tropas del Gral. Venancio Flores, culminando la que él llamara Cruzada Libertadora, en la que sangre de hermanos había vuelto a correr, entraron en Montevideo por el viejo camino de la Figurita.



El Mercado Agrícola, "motor que impulsó la prosperidad de Goes".

Un buen día, la ciudad sale dedecididamente a su encuentro. En 1880 se establece, por iniciativa particular, la empresa del Tranvía Oriental, que une la barriada con el centro y sur de la urbe.

Para sustituir los barracones, que no estaban ya a tono con el movimiento comercial de la zona, se construyó el Mercado Agrícola. En un terreno donado por Carlos H. Crocker —hubo cinco donantes de terrenos, que por lo visto deseaban valorizar sus propiedades—, se colocó el 30 de diciembre de 1906 la piedra fundamental. La estructura fue traída de Europa y pertenecía a un stand de una exposición ganadera. La obra quedó terminada por 1913. Todo el día, desde entonces, funcionó el mercado. Su activo intercambio creó en su derredor una vida ajetreada, pintoresca, que impulsó, como se ha dicho con acierto, la prosperidad de Goes.

El siglo XX con su inquietud renovadora levanta en 1908 el nuevo edificio de la Facultad de Medicina. Se comienzan allí cerca, en La Aguada, las obras del Palacio Legislativo. El camino de Goes era a su vez, desde 1908, la avenida General Flores. Y la llegada del hormigón, en 1926 completó el cambio de fisonomía de la zona, que el ómnibus unió, más intensamente, al corazón de la ciudad. La avenida General Flores está hoy flanqueada de comercios, en especial mueblerías y bares. La actividad comercial del barrio no ha decrecido, pero tampoco ha evolucionado en los últimos años.

Ya no se realizan los famosos bailes del café Vaccaro, ni las tenidas teatrales en el "Fénix", donde Brussa y Heraclio Sena alternaban con los aficionados del lugar, bajo la luz de las candilejas. Pero la vida sencilla y animada de Goes, que ha dado tantos profesionales y personajes populares de renombre, se sigue excitando ante los paseos nocturnos de las parejas y el trabajo constante y laborioso, que señala los pasos de sus horas y sus días.



Un centro de la actividad nocturna de Goes: el que fuera café de Caballero.

VILLA MUÑOZ: EL EMPUJE DE REUS

La actual Villa Muñoz, creada por el genio especulador del Dr. Emilio Reus y Bahamonde, nació



Un remate en Villa Muñoz. Publicidad 1911.

de un erial edilicio y de un marasmo económico. Y para juntar los hilos de esta historia ciudadana es necesario volver al ayer y contemplar el panorama del país en el último tercio del siglo pasado.

Por los años 1875-1876 la ciudad de Montevideo atravesaba una situación angustiosa, secuencia del sometimiento del país "al rigor del cuartel", de la postración financiera de la plaza, de la incertidumbre creada por la tumultuosa realidad política uruguaya.

Un cronista de la época dice que, a consecuencia de esta general decadencia, "el conjunto de suntuosos edificios construidos en la floresta de Montevideo en épocas de fomento, así semejaban después, en su soledad y tristeza, a panteones de familia". (J. A. Giménez).

Una década después, hacia 1887, el panorama ya era otro. Habían renacido la confianza y el espíritu de empresa. Vienen capitalistas de Buenos Aires, unos con el propósito de especular con la compra de terrenos y otros para fundar bancos de construcción y de créditos. La tierra comenzó a cotizarse a muy altos precios, a tal punto que llegó a niveles desmedidos. Este frenesí no duró mucho. Sin embargo, un hombre con empuje atrevido y tremenda energía creadora hizo perdurar su nombre hasta nuestros días.

La meteórica carrera del Dr. Reus en el Río de la Plata sólo cubrió el lapso de cinco años. Cuando llegó a Buenos Aires en 1886 tenía 27 años de edad. En plena juventud, este alicantino había tenido tiempo de ser abogado y jurisconsulto de consejo, doctor en filosofía y letras, traductor y

prologuista de las obras de Espinosa, autor de obras jurídicas, diputado a Cortes, director de la Revista de Jurisprudencia.

Pero la personalidad de Reus era múltiple: detrás del hombre de leyes, del investigador de gabinete, del escritor y el orador, se perfilaba un hombre de negocios, un financista y especulador osado, que había revelado sus dotes al jugar audazmente en la Bolsa de Madrid. Como empresario, había dirigido el canal de Écija.

Ya en Buenos Aires realizó juegos bursátiles que le reportaron en poco tiempo medio millón de pesos, que perdió prestamente. Pero como cumplió con sus acreedores, siguió contando con la confianza y el respaldo de grandes fortunas argentinas.

En época del gobierno del Gral. Tajes se llamó a una especie de concurso para la organización del Banco del Estado que se proyectaba. En tales circunstancias el

El Barrio Reus al Norte, en plena construcción.



Dr. Reus cruza el Plata y organiza un consorcio integrado por capitalistas del volumen de Duggan, Cassey, Ayarragaray y Drysdale, fundando en nuestro medio el Banco Nacional.

Fue su primer paso. Pero sus opositores, que los tenía y muchos, lograron que a los once meses se alejara de la gerencia del nuevo banco. Su empuje, en vez de menguar, se acrecentó extraordinariamente. Formó entonces una Compañía Nacional de Créditos y Obras Públicas, integrada con un capital de veinte millones de pesos —de los de aquella época—, dividido en 200.000 acciones de cien pesos cada una, y se lanzó de nuevo a la lucha. Entre sus primeras obras figuraron un establecimiento de baños hidroterápicos y el Barrio Reus al Sur.

No obstante, acariciaba proyectos aun mayores para Montevideo y éstos cristalizaron, pese a todos los inconvenientes humanos y naturales que salieron a su paso, en el bloque de viviendas que hoy constituyen Villa Muñoz.

Para llevar a cabo su idea de construir todo un enorme conjunto de casas sólidas, funcionales y baratas necesitaba el Dr. Reus un colaborador avezado. Y pronto lo halló en la persona del teniente coronel Marcelino Santurio. Éste, que había residido en Europa, aprovechó su experiencia de viajero inteligente para estudiar los barrios de viviendas económicas, aptos para alojar decentemente a la gente de trabajo. Una vez en Montevideo trató de encontrar un empresario dotado de capital y ambiciosos propósitos. Con Reus unió capacidades y esfuerzos.

El lugar donde concentrarían todos sus fuegos, fue la chacra de Echeverría, con 68 hectáreas de superficie, que extendía sus tierras entre el Barrio Lavalleja —fundado por Francisco Piria en 1885, en la zona que encerraban los caminos de Goes, Figurita y Pastor— y la zona conocida por La Humedad, que comprendía las quintas de Muñoz, Béjar y Hocquard, y denominada así por la humedad que le trasmitía un brazo del arroyo Seco, que cruzaba esas tierras que formaban hondonada.

La compra se efectuó a razón de $ 0,40 el metro cuadrado. Una vez delineadas las calles y establecida el área de los solares se iniciaron las obras edilicias el mes de marzo de 1888.

Nunca el Uruguay había conocido trabajo de tal envergadura. Más de 2.000 hombres por día se ajetreaban en las construcciones. 500 carros de carga iban y venían, trayendo arena y ladrillos, cal, pizarras y vigas. Los hornos de ladrillo no daban abasto. Superada la producción de los montevideanos, se debió recurrir a los hornos de otros departamentos del Uruguay. Una pequeña humanidad afanosa vivía en las obras.

Fueron así surgiendo, con celeridad pasmosa, 27 cuerpos de edificios ubicados sobre 18 manzanas que en total albergaban 531 casas. Los grandes pabellones estaban —y están— separados por amplias calles principales y secundarias; poseían además conexiones con las aguas corrientes y con los caños maestros.

El Dr. Reus tenía además claras nociones de los problemas del transporte. Por eso su pequeña ciudad estaría unida al centro montevideano por los cordones umbilicales de los tranvías de dos líneas: la Oriental y la del Reducto.

El Barrio Reus al Norte, cuya década de los años veinte de este siglo ha sido recreada con nostalgia y cariño por Gualberto Fernández, se iba levantando en una zona alta, soleada, libre del estancamiento de las aguas, extendiéndose entre las calles San Fructuoso e Isla de Gorriti, por el norte; Constitución, por el este; Guaviyú, por el oeste; Libres, por el sur.

Las obras iban en marcha, a ritmo acelerado. Pero la naturaleza y las contingencias humanas se encargarían de obstaculizar los trabajos. En el invierno de 1888 la lluvia se ensañó como nunca: durante 78 días el mal tiempo paralizó las obras. Por otra parte la crisis que se abatía sobre la economía uruguaya sumió a la compañía del Dr. Reus en la ruina. Era necesario, empero, salir a toda costa de la **impasse.** Cassey y la Compañía Nacional de Créditos y Obras Públicas, para enjugar en algo las pérdidas, resolvieron rematar las casas. Las ventas iniciales de 1889 fueron realizadas por un hombre que, como ya hemos dicho, tendría excepcional influencia en la historia edilicia montevideana: Francisco Piria.

Para dar el ejemplo y levantar el ánimo de los futuros compradores, el propio presidente Tajes adquirió la primera casa. Pero el público no respondió como se esperaba. Todo el barrio formó par-



A veces también son convertidos en adefesios los testimonios representativos del pasado histórico. (Proa de Inca y Arenal Grande).

te de la quebrada Compañía Nacional y luego pasó a integrar el capital del Banco Hipotecario.

El Dr. Reus se vio burlado por un destino adverso. El remate de su bien amada obra y sus otros quebrantos financieros agravaron una lesión congénita de su corazón y el 7 de marzo de 1891, a los 32 años de una vida agitada y turbulenta, fallecía en plena pobreza. "El Día", en su edición del día siguiente, inscribió estos conceptos: "Pobre murió ayer don Emilio Reus, el hombre más estrechamente vinculado a los progresos estruendosos que cuatro años atrás se iniciaron en nuestro país. En su muerte no hubo ninguno de aquellos amigos fáciles que enriquecieron a su sombra."

El Banco Hipotecario cambió el nombre inicial del barrio por el de Villa Muñoz, para honrar la memoria de un jurisconsulto, político y periodista,el Dr. José María Muñoz, que había sido en 1890 presidente del Banco Nacional y, entre 1896-99, primer presidente del Banco de la República.

Hoy Villa Muñoz es una barriada tranquila, habitada por muchas familias de origen judío, que integran su esfuerzo económico y su descendencia a la nacionalidad oriental. El monumento edilicio de Reus continúa en pie, prolongando su nombre en el pueblo a través de los años.

BARRIOS DE ANDAR SERENO Y DEBIL VIGOR EDILICIO

REDUCTO

El Dr. Luis Bonavita publicó en 1950 un ilustrativo artículo en el que señala la ubicación precisa del lugar donde vivió el Cnel. José Rondeau en 1813, en casa de Martín Gulart, más conocido por Machín, a la que había fortificado y convertido en reducto.

Dicha edificación se encontraba en las cercanías de la esquina de las actuales avenidas San Martín y Burgues, y fue el origen de este antiguo barrio.

Según lo consigna la revista "Rojo y Blanco" en 1900, la parroquia del Reducto comenzó por ser capilla y viceparroquia dependiente del Cordón en marzo de 1837. En marzo de 1868 la capilla, que hacia 1912 aún podía verse a la altura de las calles Vilardebó y Reducto (hoy Avda. Gral. San Martín), pasó a formar parte de la jurisdicción de la parroquia de la Aguada. En noviembre de 1871 fue erigida en parroquia y cuatro años más tarde se levantaba la actual iglesia, frente a la plaza Gral. Eugenio Garzón.

La esforzada acción del presbítero Antonio D'Elia hizo posible que la iglesia señoreara sobre la cuchilla, con las decisivas donaciones de la morena Rita Olegaria Pérez, que legó terrenos vendidos en más de 20.000 pesos para la Virgen de las Dolores, patrona de su parroquia; de Nicolás Zoa Fernández, que fuera senador y miembro del Consejo de Notables de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública, y del Coronel Pedro S. Zás, gran cooperador en el progreso de la zona.

Desde el campanario de la nueva iglesia del Reducto, A. Godel documentó en 1884 en una conocida litografía la fisonomía del paraje, a partir del entonces Camino de Millán, extendido en el paño multicolor de sus quintas, en dirección a la bahía.

La antigua capilla figura en el plano topográfico de la ciudad y cercanías de Montevideo levantado por el agrimensor Pedro Pico en 1846 y con más precisión en el del francés P. D'Albenas de 1867. Este último registra la ubicación de las quintas existentes en la época; entre ellas, las de Vilardebó y de Margat.

En la quinta de Vilardebó se levantó en 1880 el Manicomio Nacional, que se consideraba en la época, ya muy lejana por cierto, el primero de América del Sur. Hacia 1912 aún existía, contigua a su edificación, la antigua casa de salud establecida en la misma quinta, adquirida por el Estado en 1860. A los 50 años del fallecimiento del Dr. Teodoro M. Vilardebó, naturalista e investigador de nuestro pasado, al Asilo de Dementes se le dio el nombre de Hospital Vilardebó que hasta ahora lleva.

Pedro Margat, nacido en Versalles, Francia, fundó en 1841 su luego famoso establecimiento de agricultura en el Camino de Burgues, luego de estudiar nuestra flora y fauna y coleccionar aves y plantas para su envío al Museo de Historia Natural de París.

Una publicación montevideana decía en 1890 que durante largos años fue el único proveedor de plantas finas en nuestro país y su propagador en parte del Brasil y de la Argentina y que su gusto había presidido los plantíos de quintas y jardines que hermoseaban los alrededores de la ciudad, entre otras, las de Gómez, de Estévez, de Castro, de Farini, de Berro, de Raffo y de Piñeyrúa.

Su biógrafo, Mariano B. Berro, documenta que fue el primer introductor de la camelia y de las primeras araucarias que llegaron al país.



Entre el follaje de la plaza Gral. Eugenio Garzón, "El Obrero Urbano" de Bernabé Michelena, engalana el barrio del Reducto.

Margat dejó de existir a los 83 años, en junio de 1890, luego de dilatado tiempo de labor fecunda, en el que tanto influyó en nuestro progreso agrícola y hortícola. Sus hijos, Pedro y Alfredo, continuaron en la quinta de Burgues, situada en las cercanías del arroyo de Morales, los cultivos científicos de su padre.

Hacia 1912 el barrio del Reducto era uno de los que más rápidamente había prosperado. Tenia una densa población y una edificación de importancia. Abundaban en su ámbito las fábricas, los talleres, los obradores. Contaba con un centro asistencial señalado: el Hospital - Asilo Español.

En la actualidad, Reducto, barrio al cual se le ha descuidado en el aspecto urbanístico, se encuentra detenido en su evolución, entre otras razones, por las grandes áreas que ocupan el Hospital Vilardebó y la antigua estación de tranvías. Es, como se ha dicho con acierto, un corredor de paso, hacia adentro y hacia afuera de la ciudad.

Se ha repetido con insistencia que con la misma cantidad de dinero que el Estado lograra por la venta de aquel predio podría el Ministerio de Salud Pública levantar un Hospital Siquiátrico modelo en las afueras, lo que permitiría al paraje del Reducto organizarse como zona residencial enjardinada.

En cuanto a la Estación Reducto, hace unos años se consideraba que levantando galerías externas bordeando su edificación, podrían financiarse obras de remodelación y dinamizar la zona.

Este barrio del Reducto, del ex Parque Oriental con su recordada



Un templo de la fe: la iglesia del Reducto.

cerveceria "Munich" en Burgues y Bulevar Gral. Artigas y de la que fuera quinta del Dr. Martín Aguirre, se prolonga en el llamado Brazo Oriental, en una de cuyas quintas viviera durante décadas el caudillo nacionalista Dr. Luis Alberto de Herrera. En 1966 esta quinta situada sobre la Avda. que hoy lleva su nombre al 3760, fue librada al público, organizada como Museo Cívico.

FIGURITA

Por orden de la Sociedad Fomento Montevideano fueron rematados terrenos en enero de 1869, por Santurio y Escardó, en el paraje conocido por Figurita, llamado así por un viejo comercio que existia en el siglo XIX en la esquina formada por las actuales avenidas Gral. Flores y Gral. Garibaldi, al que llegara Oribe con su estado mayor sin armas, en 1845, en acto de confraternidad entre sitiadores y sitiados, según el testimonio de Benjamín Poucel. Francisco Acuña de Figueroa cita a la Figurita como ya existente en 1812.

El puente de la Figurita estaba situado sobre el Arroyo Seco, en el paraje donde se cruzaban la avenida de Goes (hoy General Flores) y la calle San Eugenio (actual Concepción Arenal). Las obras de saneamiento del barrio Reus, como lo señala Orestes Araújo, "hicieron desaparecer el arroyo de ese paraje, lo que hizo innecesario el puente".

Aunque en planos de 1910 se conoce por Figurita el barrio contiguo al Reducto comprendido entre las avenidas Millán y Gral. Flores hasta Av. Garibaldi, ya en planos de 1930 aparece señalado con esa denominación el barrio situado en derredor de la calle Fi-

gurita, al norte de la Av. Garibaldi y al sur del barrio Jacinto Vera, entre Av. Gral. Flores y el bulevar Artigas. En la actualidad lo distingue esa misma ubicación.

JACINTO VERA

Este barrio, que lleva el nombre del primer obispo de Montevideo, fue fundado por Francisco Piria en 1895, al norte del barrio Ituzaingó, en la que fuera quinta de Platero.

En su ámbito tuvo lugar, en la entonces panadería de Vidal (actuales calles Lorenzo Fernández, Pedernal, Yaguarí y Joaquín Requena), en setiembre de 1811, según el Dr. Luis Bonavita, la Primera Asamblea Patriótica.

Hacia 1912 sólo tenía algunas casitas y una población de sólo unos 150 habitantes.

LA COMERCIAL

Este barrio de vida tranquila, adormilada, que casi no cambia de fisonomía, tuvo en sus comienzos el aporte de contingentes de italianos.

El primer grupo de estos peninsulares laboriosos trabajaba en las quintas que salpicaban con sus verdes cuadrículas lo que hoy está ocupado por la edificación; ya en este siglo, a partir de 1913, otro grupo tenía sus actividades en el cercano Mercado Agrícola.

En los últimos años los israelíes que habitaban Villa Muñoz han desbordado por esta zona y sus comercios avanzan como una cuña por la calle Justicia.

Hay pocas industrias en La Comercial; sólo se ven pequeños talleres y algunas artesanías. La típica y proverbial quietud del barrio quizás se deba a que la mayoría de sus habitantes son propietarios y viven serenamente en sus casas antiguas.

La zona era conocida en sus primeras épocas, cuando estaba poblada por quintas, por "La Humedad". La razón de este nombre debe buscarse en que un brazo del arroyo Seco atravesaba por estos terrenos y en las inmediaciones anegaba los bajos, tardando mucho en retirarse la humedad de las tierras, como ya lo dijimos.

En "El Ferro-Carril" de marzo de 1871 se publicaron avisos que daban cuenta de remates que por orden de la empresa La Comercial realizó Florencio Escardó. El plano correspondiente había sido levantado por el Agr. Antonio Ma. Dupard en junio de 1870.

Se ofrecieron en venta 200 solares —frente a la plaza de frutos de las Tres Cruces y a las actuales calles Patria, Victoria, Hocquart, Bella Vista, Gral. Pagola y Cabildo, entre otras—, de 10, 12 y 25 varas de frente por 40 y 50 de fondo. Por $ 2 semanales o $ 10 mensuales, pagaderos en tres meses o más, los compradores se podían hacer propietarios.

Había además un horno de ladrillos, pileta, unos 20.000 ladrillos sueltos a bajo costo y "un inmenso aljibe manantial" de uso colectivo.

Una típica feria vecinal, la de Marsella y Colorado, donde se ofrecen posibilidades para la variación en el alimento familiar.





La cámara viajera recogió aquí una imagen típica frente a una escuela pública en La Comercial, en el instante en que los niños abandonan las aulas. Pronto se encontrarán adolescentes, lidiando con sus sueños, sus preocupaciones y sus luchas.

El mismo diario montevideano, con fecha 24 de marzo de 1871 difundía el rumor de que los propietarios de la empresa La Comercial eran el general Mitre y la casa Martínez de Hoz, de Buenos Aires.

El espíritu de empresa y la actividad incansable de Francisco Piria dejó también sus huellas en el Barrio Comercial, así denominado en sus inicios, que hoy abrazan las calles Miguelete, Cuñapirú, Arenal Grande y Bulevar Artigas.

En el anuncio del remate de tierras que se iba a realizar el 22 de junio de 1884 se caracterizaba así el lugar: los terrenos a subastar, conocidos como antigua quinta de Eugenio Courras, estaban situados en las inmediaciones de las Tres Cruces y a tres cuadras de la Capilla del Buen Pastor. Los cruzaban las calles Hocquart, Sal Si Puedes, Cufré y Nueva Palmira. Esta calle, se decía, "que sale de La Aguada y llega a tres cuadras de este terreno, está toda empedrada". Como hecho digno de mención, el aviso destacaba que "el gran edificio de la Penitenciaría sólo dista dos cuadras de este terreno".

Detrás del actual Establecimiento de Detención, inaugurado en 1888, se encontraba el barrio del Retiro, en terrenos que formaban parte de la quinta de José de Béjar, de la cual dejara un apunte Besnes e Irigoyen. Fue fundado en 1869 por el residente argentino Ramón Domínguez.

Llegado el día del remate de Piria la propaganda es más explícita, más descriptiva.

Se encarece la futura prosperidad de la zona al anunciarse la próxima apertura de la "Nueva Plaza de Frutos". Se dice luego que dentro de un mes empezarán los trabajos de empedrado y composturas de todos los caminos de los alrededores "para lo que hay ya cuarenta mil pesos presupuestales".

Las calles que pasan al frente de estos 471 solares "de inmenso porvenir" tienen 20 varas de ancho.

Estos solares no son un erial, no son sólo tierra y pasto. Están cubiertos "con grandes parrales y magníficos árboles de sombra".

Pero en medio de tantos lotes hay uno que es "una taza de plata". Todo el terreno, que mide 4.000 varas cuadradas, "está lleno de ricas y escogidas plantas, flores, naranjos, durazneros, damascos rusos, guindos de Suecia, manzanos de Jerusalem, grandes árboles para sombra, una gran glorieta de jazmines del Paraguay, un gran parral, muchísimos rosales y flores finas, todo escogido de lo más bueno."

Nada se olvidaba en el anuncio: luego de destacar los valores de las edificaciones de la quinta y decir que el barrio, alto y dominante, era una especie de techo orográfico de Montevideo, se ofrecían seis vagones especiales para el transporte de señoras y señoritas.

El naciente barrio vio pasar, desde febrero de 1875, el tren de caballitos que unía a Goes con la Aduana. Más tarde, durante la presidencia de Williman, se inauguró el tren eléctrico con el Nº 12. También desde setiembre de 1878 cruzó la zona el ferrocarril que iba hasta Maroñas desde la estación del Cordón. Partía de ahí, pasaba debajo de los hoy viaductos de Tristán Narvaja, Sierra y Arenal Grande, iba por detrás del Buen Pastor y tuvo finalmente su terminal de Manga. En los días de encuentros deportivos en el Parque Central había allí una parada. Los vecinos bromistas le llamaban "el tren de los patos" porque los días de carreras los aficionados sacaban boleto de ida y vuelta para poder volver sin sobresalto.

Si en 1867 la zona estaba poblada por quintas como las de Francisco González, Molinari, P. González, Talaburt, Menéndez, Roveta, Hernández, Villalba, Pringles, Ferreira, Salas, Villanova, Errazquin, Pretti, entre otras, y algún horno, como el de Pareta, en 1920 existían aún algunas en el barrio.

Desde Defensa hasta Cabildo, donde se encontraba la Cárcel de Mujeres, estaba la Quinta de Vallarino. Hasta 1925, aproximadamente, perduró la quinta de Sanguinetti, en la calle Miguelete y la de Ponce de León sobrevivió hasta 1930, también aproximadamente, en el predio cercado por La Paz, Miguelete, Inca y Justicia. En 1909 se inauguró el "Buckingham Salón", en Justicia y Pagola. La entrada a este cine costaba $ 0,05 y la función duraba desde las 14 hasta las 20 horas. En los entreactos una pianista batía minuciosamente el teclado. La sala se llamó posteriormente "Rex".

Otros vecinos se ubicaron, desde 1901, frente al Convento e Iglesia del Buen Pastor, ocupando las calles La Paz, Defensa, Municipio y Orillas del Plata (hoy Galicia).

El Asilo del Buen Pastor se inauguró en 1876 "para favorecer en él a numerosas almas, más ignorantes que culpables". Junto a él se hallaba un templo y ambos fueron el fruto de los trabajos y contribuciones de las Sras. Sofía Jackson de Buxareo, Clara J. de Heber, Srta. Elena Jackson y Sra. Manuela Alcain, viuda de Don Joaquín Errazquin, donante del predio, que fuera quinta de veraneo.

KRÜGER

También por esta zona montevideana se hizo presente la voluntad emprendedora de Francisco Piria. El nombre del barrio fue un homenaje a quien fuera presidente sudafricano de la República del Transvaal en 1888 y reelegido en 1893 y 1897, luego de que Inglaterra fuera obligada a reconocer la independencia de esta posesión, que detentaba desde 1877.

Con el descubrimiento de las minas de diamantes de Kimberley y los informes de Cecilio Rhodes sobre la riqueza del país. Inglaterra renovó sus pretensiones imperialistas, y Transvaal cayó nuevamente en su poder en 1900. El presidente Krüger gozó de una popularidad mundial en esa época.

El barrio fue inaugurado el 2 de junio de 1901 en el antiguo predio del Dr. Antonino Vidal, llamado el "Campo de Eucaliptus". Su superficie era de unos 200.000 metros cuadrados y fue dividida, según Orestes Araújo, en 457 solares. En 1911 lo cruzaban las calles Aurora, Isla de Gorriti, Santa María, Guadalupe, Vilardebó y Colorado, y perpendicularmente a éstas las de Sal Si Puedes, Mal Abrigo, Municipio y Defensa. Su numeroso vecindario, inmediato a la Escuela Militar y Naval, estaba compuesto de obreros, en su gran mayoría, que habían levantado allí sus viviendas mediante el ahorro acumulado durante muchos años El barrio aún no disponía de alumbrado público, ni caños colectores ni alguna clase de pavimento.

DEL ESPLENDOR HIPICO AL DESARROLLO INDUSTRIAL Y AGRARIO

MAROÑAS

Las tierras donde se asienta este barrio de trabajadores salen del dominio fiscal cuando son adquiridas en 1834 por María Maroñas, viuda de Gerónimo Olloniego. Pero la vieja casa de los Maroñas era conocida desde algunos lustros atrás. En el paraje, años antes, en 1817, luego de la entrada de Lecor en Montevideo, Lavalleja había hecho prodigios de valor. Según afirma el coronel Ramón de Cáceres en sus memorias: "Muchos caballos le mataron y le hirieron los portugueses, con la suerte de que jamás le tocase a él una bala; en una guerrilla que hubo en frente de lo de Maroñas, con 18 hombres acuchilló hasta a los infantes, después de haber dispersado un grupo de caballería de doble número y hasta les hizo algunos prisioneros."

Parece ser —decía en 1932 Godofredo Kaspar (seudónimo del historiador argentino Guillermo Furlong) en la Revista de la Sociedad "Amigos de la Arqueología"— que los molinos de La Unión surgieron después de 1820, y que fueron contemporáneos de los que existieron en Colón y Raffo. Unos y otros reemplazaron al molino hidráulico que los jesuitas levantaron en el luego llamado Paso del Molino. Presume el autor que debieron llamarse "del Globo" y "de la Esfera" por el símbolo que ostentaron en la parte superior del techo.

De los famosos molinos "del Galgo", el situado en las calles Pan de Azúcar y Timoteo Aparicio fue mandado construir hacia 1839 por José Prat. En las proximidades del molino "del Galgo" y con posterioridad a 1867, Juan Della Cella

El palco del Hipódromo Nacional de Maroñas hacia 1912.



fundó el suyo, el molino de viento "La Llave", en la calle Pan de Azúcar entre Cabrera y Aparicio, que en 1904 se transformó en molino de vapor. Sobre la calle Corrales y próximo a las vías del ferrocarril se encontraba el de los hermanos Bottini.

Más al noroeste de los molinos de La Unión, en Maroñas había, según el autor citado, dos grupos de molinos. El más importante fue el de los molinos de Caviglia o "de la Sirena", en la intersección de las calles Cuchilla Grande (actual Avda. José Belloni) y Roma. Uno de ellos puede aún verse en el interior del predio de la Iglesia "Santa Gema". También sobre la Avda. Belloni, al 3342, se alza el viejo torreón de otro molino frente a la calle Francisco Sainz Rosas.

Dice el Dr. Luis Bonavita que Juan María Pérez era socio capitalista de una pulpería establecida en una casa de propiedad de Juan Maroñas, durante la Guerra Grande. Como es sabido, Pérez propició la inmigración de canarios, a quienes les pagaba el pasaje, que le era reembolsado más tarde. Llevados en carretas de bueyes desde el Buceo, donde desembarcaban, has-

Una escena intransferible para muchos montevideanos: la pasión turfística de los domingos en Maroñas.



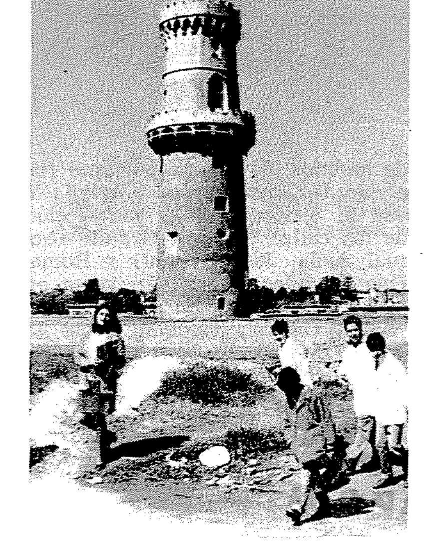
ta Maroñas, allí se les distribuía entre los pueblos y chacras de Canelones, Montevideo y San José. Algunos se hicieron soldados en el Cerrito y quedaron junto a Oribe.

Después de la Guerra Grande surgen en la zona, entre otros comercios e industrias, la fábrica de velas estearinas y de jabón del ciudadano francés Eugenio Villemur, en 1853; la jabonería y velería de Harambure, en 1868, frente a la plaza 20 de Febrero; la curtiembre de Sarasola, en 1890, y la de Joaquín Cea, hacia 1900; la cochería de Pedro Salhon, en 1900, por la Estación Unión de Tranvías, quien dos años después haría una carrera diaria con "breacks" de seis pasajeros, desde La Unión al Puente del Manga; en 1944, la fábrica de tejidos, de Forno, Bozzolo y Piana.

En agosto de 1873 el Agr. Demetrio Isola levanta el plano del Pueblo de Maroñas, situado en un predio de propiedad de Carlos Mausseaux y un año después el Agr. M. Bonino, el del barrio Flor de Maroñas, en tierras de propiedad de la Suc. Juan María Pérez.

Hoy Maroñas y sus alrededores constituyen la mayor concentración industrial del Uruguay, con sus curtiembres, sus importantísimas fábricas textiles, sus plantas metalúrgicas, sus marmolerías, sus barracas, sus fábricas de productos porcinos, de pinturas, de neumáticos, de ladrillos...

Es una zona de gente laboriosa, que a fuerza de muchos sacrificios fue edificando sus casas y elevando su nivel económico con el desarrollo industrial operado durante la década de los años 50 de este siglo.



Un viejo molino de Maroñas, transformado en policlínica de cinco plantas en el predio de la escuela Domingo Savio (Carreras Nacionales entre Osvaldo Cruz y Fonseca).

PUEBLO ITUZAINGO

En enero de 1855 se iniciaron las carreras extranjeras, llamadas también inglesas, en las inmediaciones del saladero de Legrís.

Dice el Dr. Eduardo Acevedo en sus "Anales Históricos del Uruguay" que más allá de la Plaza de Toros de la Unión funcionaba el hipódromo, con gran público. Agrega que "en una de las carreras de enero de 1872, en que corrían los caballos del Dr. José Pedro Ramírez y del general Francisco Caraballo, la prensa daba con asombro la cifra de $ 40.000 apostada a las patas de los dos caballos favoritos".

Del 19 de octubre de 1874 datan los planos del Pueblo Ituzaingó realizados por Demetrio Isola. Los terrenos pertenecían a la ex-sociedad hípica y estaban ubicados en Maroñas. Pero el pueblo y el nombre del circo, que también era Ituzaingó, fueron relegados al olvido por el resplandor de la dominación primigenia que prevaleció.

En el verano de 1876, año en que también se corrían carreras en la quinta de Bonomi, en el Pantanoso, se realizaron carreras nacionales en el circo Ituzaingó, cuyo palco desde muy temprano fue invadido por gran número de damas y caballeros de la sociedad montevideana. En los alrededores se habían instalado gran cantidad de carpas o pabellones, donde los concurrentes saciaban su sed o su apetito y donde se expendían, según la prensa de la época, exquisitos manjares y vinos.

Al año siguiente, en el mes de mayo, se efectuaron carreras para caballos criollos del país, de paseo, herrados, carreras con siete saltos —las barreras eran de madera, de un metro de altura—, y corridas para aficionados. La vuelta del circo media veinte cuadras. El presidente honorario de la comisión organizadora era el gobernador provisorio Cnel. Lorenzo Latorre.

El 3 de febrero de 1889 inicia sus actividades el Hipódromo Nacional de Maroñas, de propiedad del Jockey Club, cuya primer comisión directiva presidió don Pedro Piñeyrúa. El viejo palco de madera había sido reemplazado por elegantes y espaciosas construcciones. Desde entonces comienza su historial deportivo.

Meses después, el 17 de noviembre, fue inaugurado el Hipódromo Montevideo, que se levantó sobre el camino de Propios a unas ocho

o diez cuadras de la esquina de las actuales avenidas Gral. Flores y Larrañaga, trayecto que se recorría en servicios de "breacks". Su pista era de forma oval, medía 1.750 metros y en parte estaba cubierta de gramilla. En diciembre un ciclón redujo a escombros su palco. Luego de ser reedificado, la segunda reunión tuvo lugar en marzo de 1890.

La trayectoria del Hipódromo Montevideo no fue muy extensa. La actividad turfística fue monopolizada en Montevideo por el Hipódromo Nacional de Maroñas, institución de larga y prestigiosa presencia que marca con sello inconfundible las características del barrio. La gente que trabaja en derredor de los studs constituyó, ayer y hoy, una sociedad particular, especializada, adscripta al apasionante deporte del turf.

PIEDRAS BLANCAS

En los apuntes escritos por el maestro de obras Jaime Mayol en 1937, se consigna que el nombre de Piedras Blancas deriva de un grupo de peñascos que se divisaba desde larga distancia y que servían de guía a quienes circulaban por la zona o a los que conducían ganados o carretas procedentes de Minas, Maldonado, Rocha y Santa Victoria del Palmar. Esos peñascos unidos unos y separados otros a corta distancia, tenían una altura de uno a cuatro metros y formaban "una circunferencia irregular". Fueron utilizados inicialmente en la fabricación de ruedas para la trituración de grano, en los molinos de viento.

La destrucción de estas piedras "de cuarzo lechoso", según dichos apuntes, comenzó en 1843 cuando el ejército sitiador de Oribe construyó con ellas una represa en la parte más baja del terreno, formando un lago artificial para el servicio del saladero de Legrís, donde se faenaban las haciendas necesarias para el consumo de la guarnición; continuó su destrucción en 1870, época en la que se construían grandes jardines, con utilización de piedras para las canaletas que rodeaban los canteros; por último desaparecieron totalmente hacia 1925, cuando Francisco Piria adquirió al Sr. Mario Sierra la propiedad de 239 cuadras situada en el camino de Cuchilla Grande y calle por medio con el establecimiento de curtiembre de Andrés Ramponi e hijos, conocida posteriormente por Jardines del Hipódromo. Piria delineó allí calles, avenidas y plazas. En la esquina de Cuchilla Grande y Francisco Sainz Rosas se encontraban los últimos restos de las "Piedras Blancas".

La vieja chacra de los Sierra pertenecía a Francisco Sierra desde 1773. Su hijo, Santiago Sierra Nieva, que heredó dicha propiedad, fue persona de la estimación de Artigas, Recaudador de Rentas en el Primer Gobierno Patrio y uno de los firmantes de la Declaratoria de la Independencia de la Florida, en 1825, en carácter de diputado por la Villa de San Isidro de las Piedras.

La localidad de Piedras Blancas se extendía a lo largo de la Cuchilla Grande hasta la unión con la calle Roma y comenzaba en la antigua quinta que fuera del primer presidente del Banco Comercial, Pablo Duplessis (36 hectáreas y 746 centiáreas), adquirida a sus sucesores, los Hnos. Barrán, por el entonces presidente de la República don José Batlle y Ordóñez, el 29 de noviembre de 1904, en la cantidad de $ 17.000.

Esta quinta está ligada a un largo y fecundo período político de nuestro país. El 30 de setiembre de 1963 la vieja casona fue donada por los descendientes de Batlle y Ordóñez con destino a un museo, dependiente del Histórico Nacional, que fue inaugurado en 1967.

El nacimiento y desarrollo de la aviación uruguaya está también íntimamente vinculado a Piedras Blancas. La Escuela de Aviación instalada en Las Toscas en 1914 estaba, poco tiempo después, al borde del colapso. No había recursos, los dirigentes desertaban, la distancia del campo al centro de la ciudad conspiraba contra la asistencia de los alumnos, las deudas eran agobiadoras.

El entonces director y propulsor, don Ángel Adami, no quiso que la empresa naufragara. Pagó las deudas, cargó con un carro el avión Farman —totalmente desmontado— y se trasladó al nuevo campo que había arrendado de su peculio en Piedras Blancas, sobre el camino Cuchilla Grande, lindero al Cuartel del 9º de Caballería.

Un modesto cobertizo señaló el nuevo local de la Escuela y el "Centro Nacional de Aviación" inauguró su pista de vuelo en las cercanías de Montevideo.

Algunos vecinos curiosos, periodistas y políticos, van conociendo la emoción del vuelo. Y así nació el interés por la aeronáutica, tesoneramente mantenida por los esfuerzos de Adami.

Cinco años estuvo allí el Centro, actual Aero Club del Uruguay, antes de trasladarse a Melilla en febrero de 1920. Pero ese lustro de Piedras Blancas alcanzó para dar un empuje decisivo a la aviación privada uruguaya.

MANGA

A partir de la salida fiscal, la zona del Manga adquiere ciertos caracteres propios; tempranamente la tierra es dividida en pequeñas propiedades que quedan en manos de diferentes propietarios. A través de los años los fundos fueron cambiando de dueño, pero esos lineamientos generales aún subsisten y son claramente visibles.

Según investigaciones realizadas por el Departamento de Historia de la Arquitectura Nacional, de la Facultad de Arquitectura, los primeros poseedores de tierras en el paraje fueron los pobladores José de León, Juan Bautista de Sáa, Francisco de Armas, Thomas de la Sierra y Pedro de Almeida.

En 1801, el navarro Pedro Francisco Berro compró con su cuñado Pedro Errazquin una chacra situada entre los arroyos Toledo y Mangangá, nombre por el que se conocía, ya en 1780, el arroyo y pago que luego se llamó del Manga, también conocido por el de la Chacarita de los Padres de San Francisco. La chacra en la que levantaron construcciones en 1806 había sido de Miguel Marcelo Medina.

Allí pasó largas temporadas don Dámaso Antonio Larrañaga, con cuya hermana (Juana Larrañaga) estaba casado Pedro Francisco Berro.

Asociado desde 1800 con Errazquin en una empresa naviera, Berro desempeñó, entre otros importantes cargos, el de miembro de nuestra primera Asamblea General Constituyente y Legislativa (1828-1830).

Uno de sus hijos, Bernardo P. Berro, edificó su propia vivienda a unas veinte cuadras de la casa paterna, pero también residió largos períodos en ésta. Allí vivió muchos días plácidos y halló refugio en los turbulentos, en horas de dura lucha entre divisas. En 1860, mientras labraba guiando un arado de madera, un grupo de amigos políticos le ofreció la Presidencia de la República. Luego de cumplir una de las administraciones más honradas que ha tenido la República, regresó a su chacra del Manga, donde planteó una fábrica de dulce de membrillos, que atendía personalmente. Su hijo Mariano B. Berro ha descripto minuciosamente la vida y los trabajos en la chacra.

Refiere el Dr. Luis Bonavita que, a mediados del siglo XVIII, Lorenzo de Ulivarri adquirió del gobierno español, en el pago del Mangangá, con frente al arroyo, una chacra en la que estableció un saladero que fue "uno de los primeros que se han conocido en el país", según declaraciones de antiguos vecinos del paraje. El mismo autor afirma que en el terreno del saladero de Uliverri estuvo ubicada la cabaña del coronel Bélinzon.

En 1898 surge en Manga, a 17 km. de Montevideo, una escuela de la congregación salesiana, donada generosamente por la familia Jackson.

Lentamente la obra humana fue transformando los eriales y en 1915 comienza a funcionar regularmente una escuela agrícola. Hacia 1934 ya existen un viñedo de 50 hás. y un olivar que ocupa 10 hectáreas. Se cultivan productos de huerta (14 hás.), la agricultura forrajera ocupa otras 20, en igual extensión se produce la agricultura intensiva y 28 hectáreas se han dispuesto a lechería y pastoreos. Centenas de muchachos han salido de allí con su título de peritos agrónomos. Los productos elaborados en la escuela —vinos y aceite de oliva, entre otros— han sido premiados en certámenes internacionales. Junto a la escuela agrícola funciona desde 1906 un colegio (Jackson de San José) donde se imparten estudios de latinidad, filosofía y filología.

Finalmente, en 1904, luego de haber plantado doce años antes un viñedo en la zona de Flor de Maroñas, en sociedad con Antonio Suárez, nieto de don Joaquín Suárez, el ciudadano francés Andrés Faraut funda en la zona del Manga un establecimiento vitivinícola que hoy sus descendientes siguen trabajando con ritmo sostenido, con niveles similares a los mejores del país.

VILLA GARCIA

Este núcleo de población, que se inició en el km. 21 del Camino Maldonado entre la actual quinta "San Ildefonso" y la capilla de Toledo, levantada hacia 1889 por Carolina López de García en memoria de su esposo Doroteo García, fallecido cuatro años antes, hoy se va extendiendo entre el km. 19 y el 22 ½.

Doroteo García, hijo del comerciante español Ildefonso García, pobló hacia 1838 su chacra, que tenía tierras a ambas márgenes



Un domingo en una modesta chacra de Villa García, donde se lucha por la vida en contacto directo con la naturaleza, lejos del paisaje de hierro y de cemento del Gran Montevideo.

del arroyo Toledo, poblándola con inmigrantes gallegos y canarios. Fue miembro del Tribunal del Consulado, diputado en dos oportunidades y ministro de Hacienda, en 1856, del presidente Gabriel Antonio Pereira.

En 1857 formó la "Sociedad Agrícola del Rosario Oriental", de la cual fue su primer presidente. Un año después estableció la primera colonia que se instaló en el país, con inmigrantes piamonteses de la religión que en el siglo XII predicara Pedro Valdo. La colonia es hoy conocida como pueblo Colonia Valdense.

Doroteo García dejó un diario de los trabajos iniciales cumplidos en la fundación del actual centro poblado de La Paz, en el departamento de Colonia, que hemos tenido en nuestras manos.

Afirman los historiadores J. P. Barrán y B. Nahum que García se encontraba, juntamente con Juan Quevedo, otro de los integrantes de la Sociedad, entre los capitalistas montevideanos dedicados al préstamo de dinero mediante hipoteca sobre tierras o casas.

En 1856 comenzó en su chacra de Toledo, sus plantaciones de eucaliptos y acacias melanoxylon. Años después, en 1887, el establecimiento tenía más de un millón y medio de álamos y sauces, y unas cuarenta cuadras plantadas con pinos marítimos sobre los arenales de la costa del Río de la Plata, en jurisdicción del departamento de Canelones. García desecó, asimismo, por medio de grandes plantaciones una parte del bañado existente en las inmediaciones del Paso Hondo; estableció montes de frutales, hizo cultivos de gusanos de seda, fabricó alcohol y vinagre de frutas y llegó a tener un millar de colmenas.

Sus descendientes legaron al estado la chacra "San Ildefonso", con su casona colonial y sus cuatro galpones de piedra, la que fue luego residencia de campo de los gobernantes Andrés Martínez Trueba y Luis Batlle Berres. Actualmente es dependencia del Consejo del Niño.

En Villa García, las calles iniciales marginaron 12 manzanas dispuestas alrededor de la que fuera plaza de carretas, adoptando nombres de constelaciones y estrellas. En una parte dominante del terreno, frente a la silueta neoclásica de la Parroquia del Cristo de Toledo, se encuentra la Unidad Educacional Cooperaria, organización del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, integrada por una escuela, liceo popular habilitado en vías de oficialización, comedor, semi-internado y policlínicas con guardia permanente. Funcionan en el mismo predio grupos artesanales y una chacra y se procura anexarle una escuela industrial, una casa cuna y un jardín de infantes. Es una experiencia única en el Uruguay, que configura lo que se ha llamado el cierre del círculo educativo.

Villa García constituye una población dormitorio. A excepción de cinco o seis propietarios de grandes quintas, los vecinos trabajan en Montevideo y sólo llegan a sus viviendas al término de sus tareas. Estos vecinos, cuyos ingresos son muy modestos y muy inestables, se mudan constantemente, lo que dificulta la acción periescolar de las comunidades.

Manga y Toledo defienden aún los antecedentes agrarios de su historia y le dan a la zona rural de Montevideo la gracia de un cinturón agrícola de quintas, de viñedos, de huertas, de largas y encaladas ringlas de frutales.

SAYAGO

En la periferia industrial y fabril de Montevideo, que es también lugar de residencia de gente laboriosa que adquirió por precio módico su terreno y levantó su vivienda, se encuentra la amable localidad de Sayago.

Tuvo su nacimiento hacia 1873 por iniciativa de Luis Girard y su nombre se debe a que los terrenos donde se levantó pertenecían a Francisco Sayago. Entre los primeros vecinos de la novel población se contaba don Elías Regules, padre del poeta gauchesco Dr. Elías Regules.

Al llegar 1912, Sayago comprendía unas 100 casas, algunos ranchos y alrededor de un millar de habitantes. Poco después, el 1º de marzo de 1913, fue declarado oficialmente pueblo, juntamente con Peñarol.

Uno de los centros laborales que impulsó el nacimiento de Sayago fue la Tablada de Montevideo, que en 1868 fue trasladada a sus cercanías.

Más adelante surge el edificio de la Compañía Uruguaya de Cemento Portland, cuyo establecimiento dio a Sayago un gran impulso. El ferrocarril pasaba por el paraje desde el 1º de enero de 1869, época en que se tendió la linea Montevideo - Las Piedras. Pero ese medio de transporte no alcanzaba para trasegar la población de Sayago en sus idas y venidas a Montevideo.

En 1908 el tranvía de caballitos llegaba a Millán y Raffo, con motivo de la fundación del barrio "Floresta". El único medio de transporte entre ese lugar y Villa Colón era un carruaje. Poco tiempo

EN LA ZONA SUBURBANA Y RURAL

El follaje tiende sus redes de penumbra en esta tranquila calle de Sayago, que refleja su espíritu.



después, los hermanos Luis y Antonio Moro fijaron una nueva parada en Sayago paliando en parte las deficiencias notorias, en viajes expresos a Villa Colón practicados en un carruaje - "taxi".

En su carácter de Rector de la Universidad, tiempo antes, el Dr. Eduardo Acevedo había propuesto al presidente Batlle y Ordóñez instalar una Escuela de Agronomía para desarrollar la futura capacidad apropecuaria del país. El proyecto fue acogido favorablemente y el 15 de setiembre de 1906 un decreto del Poder Ejecutivo consagró la idea del Dr. Acevedo. Las clases se iniciaron el 1º de marzo de 1907 en la antigua quinta de Pereira, que fuera asiento del laboratorio agronómico. El actual edificio, construido en 1909, ocupó el terreno donde se hallaba la Tablada Vieja, antes de su traslado.

Últimamente, la profesora América Moro ha publicado nostálgicos recuerdos de su infancia en Sayago, transcurridos en parte de los años veinte y treinta de este siglo.

Peñarol: un origen ferroviario.

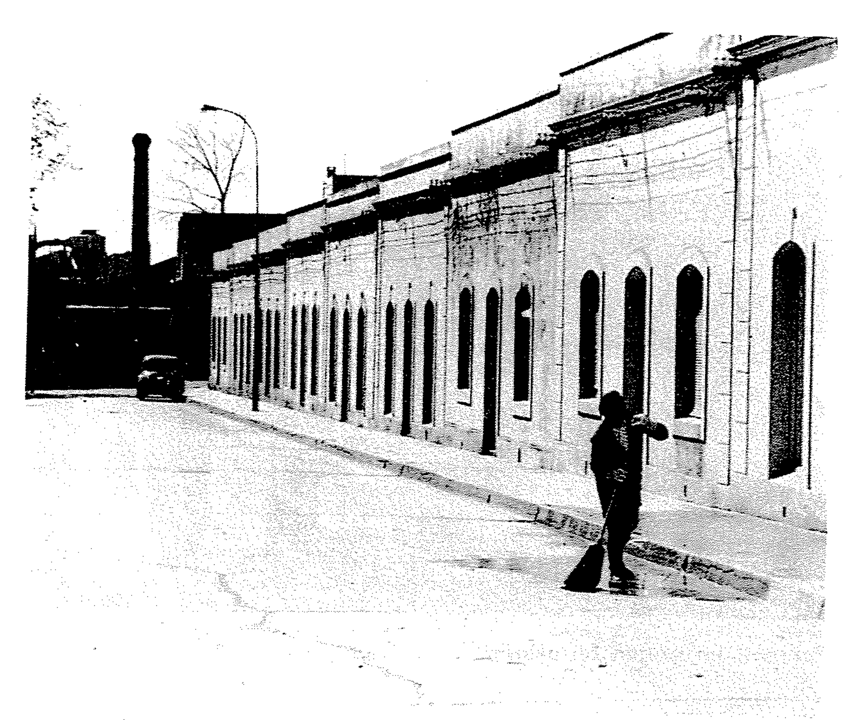
PEÑAROL

En 1751 partía de la ciudad de Pinerolo, situada al sur de la ciudad piamontesa de Turín, Juan Bautista Crosa, hijo de un abogado del lugar, que en nuestro medio incorporaría como alias el lugar de su nacimiento, aunque deformado el vocablo por el hablar popular al españolizarlo. Un nombre muy conocido mundialmente por la hazañosa actuación en los campos de juego de una de nuestras principales instituciones deportivas.

Los descendientes de Crosa agregaron a su apellido el de Peñarol, y uno de ellos, el coronel Crosa Peñarol, participó como soldado en la cruzada libertadora de 1825, en Sarandí, en Ituzaingó y en el Sitio Grande, como oficial de Oribe.

Gabriel Piedra Cueva, farmacéutico de la ciudad de Montevideo en el período hispánico, tenía una chacra contigua a la de Crosa. Su viuda, Antonia María Pérez, construyó allí un oratorio bajo la advocación de Nuestra Señora de las Angustias. Dicha capilla, que describe minuciosamente el Dr. Carlos Ferrés, fue erigida en Viceparroquia de Las Piedras el 12 de febrero de 1784.

Artigas, durante el primer sitio de Montevideo, luego de haberse alojado en el Cordón pasó a Peñarol, a la "Chacra de la Boticaria", y allí estableció su cuartel general. En el cementerio levantado junto a la capilla y que funcionó de 1750 a 1850, había una lápida significativa: la del vecino de ese lugar, Juan Bautista Crosa, fallecido en 1790.



Uno de los grupos de antiguas viviendas para obreros y empleados, construidas en Peñarol por la empresa del Ferrocarril Central del Uruguay.

Otro entronque de Peñarol con la historia señala que desde allí se anunció, el 8 de octubre de 1851, el fin de la Guerra Grande, por parte del general Justo José de Urquiza.

El censo estadístico de la población que tenía la sección de Peñarol, extendida sobre 18.000 cuadras cuadradas, levantado en 1882 por el comisario Primitivo Larrobla, contiene detalles de interés, entre ellos la clasificación de habitantes según su nacionalidad. Importa señalar algunas de sus conclusiones:

La población total era de 3.343 vecinos. De ellos, 405 eran propietarios y 357 arrendatarios; 110 alumnos se instruían en escuelas del Estado y 61 en escuelas particulares. Los habitantes se distribuían en 1.934 orientales, 1.011 italianos, 188 españoles, 132 franceses, 52 argentinos, 9 brasileños, 6 ingleses, 4 africanos, 3 portugueses, 2 alemánes y 2 paraguayos. 439 pobladores vivían en construcciones de material; 269 en ranchos de tierra. En cuanto a sus profesiones u oficios, 389 eran labradores; 326, peones; 65, comerciantes; 40, zapateros; 23, albañiles; 14, militares; 14, panaderos; 14, carpinteros; 11, herreros; 9, empleados; 8, troperos; 8, carreros; 6, pedagogos; 5, barberos; 5, tamberos; 4, sastres; 4, armeros; 4, curtidores de pieles; 3, plateros; 2, abastecedores; 1, cordonero; 1, molinero. Completaba la población un solitario marino.

El lugar ya era conocido con el nombre de Peñarol antes de que el pueblo hubiera aparecido. En 1888 el secretario de la Empresa del Ferrocarril Central del Uruguay realizó un viaje de inspección a nuestro país para estudiar algunos problemas urgentes en los que figuraban la instalación de los talleres.

El consejo de Mr. Barker fue que se trasladaran éstos, provisoriamente situados en Bella Vista, a un punto cercano a Sayago. Se eligió entonces un área ubicada a 2 km. de esta estación, enmarcada por un triángulo delineado por las actuales avenida Sayago, camino Casavalle y camino Edison. El área referida abarcaba 17 hectáreas.

En 1890 la obra estaba cumplida; los talleres se habían trasladado a su nueva sede. Pero tras

los talleres vinieron sus obreros. Y así fue como hacia 1898 había nacido un núcleo poblado al cual, con mucho énfasis, se le llamó "Ciudad Ferroviaria" o "La Nueva Manchester". Ninguna de estas denominaciones tuvo andamiento y prosperó la de Peñarol, más antigua y arraigada.

El 28 de setiembre de 1891 se funda en el pueblo Peñarol el "Central Uruguay Railway Cricket Club". El 12 de marzo de 1914, disidentes de este club, en vista de su resolución de no practicar más Foot-ball Asociación resuelven cambiar su denominación por la de "Club Atlético Peñarol" y crear la bandera de las once estrellas. Éste es el origen del actual nombre de dicha institución deportiva. El 22 de enero de 1915 el C.U.R.C.C. resolvió su disolución y donó sus bienes al Hospital Británico.

Según Orestes Araújo, el grupo poblado de Peñarol, hacia 1912, excedía de 3.000 habitantes.

En una documentada crónica sobre su evolución, ha dicho el poeta Carlos Emilio Tacconi que "al camino de barro sucedió la carbonilla, más tarde el macadam, y posteriormente el adoquinado y en último término el hormigón. Donde antes se hundían hasta el eje los carros del molino con sus cargas de harina —teniendo que sacarlas con dos yuntas de bueyes— ahora se podría practicar el deporte del patín."

Señala asimismo que de la fecunda siembra de la escuela Nº 166, hoy llamada con justicia María Vittori, egresaron figuras señaladas de la política y la literatura, como Andrés Martínez Trueba y Ovidio Fernández Ríos, y del deporte, como el tres veces campeón olímpico y mundial, José Nasazzi.

Y agrega este rasgo que evoca con orgullo: "a Peñarol le otorgaron el privilegio de lucir en sus calles el patronímico de poetas ilustres: como Shakespeare, Milton, Camoens, Schiller, Goethe, Dante Alighieri, Petrarca, Terencio, Lamartine, Heine, Lope de Vega, Bécquer..."

En la actualidad el barrio Peñarol se halla en la zona comprendida entre las calles Lincoln, Schiller, Avda. Sayago y Avda. Peñarol. Esta última separa el núcleo poblado de los talleres e instalaciones complementarias. Las casas de los obreros y las de los empleados están separadas, a su vez, por un espacio que la empresa donó al municipio de Montevideo, en 1918, para que éste construyera una plaza pública. El Centro Artesano tiene su sede en el mismo lugar de origen.

Peñarol está habitado por gente trabajadora vinculada a los transportes y maquinarias ferroviarias de A.F.E. Esto no obsta para que su fisonomía se integre con otras actividades y que su historial haya prohijado empresas deportivas tales como las que dieron origen al epónimo club de fútbol.

PUEBLO CONCILIACION

Entre Sayago y Colón, don Agustín Vera inicia en enero de 1889 la marcha hacia el futuro del pueblo Conciliación. Su nombre respondía al clima que dominaba por entonces la conciencia nacional. Había sido derrocado el gobierno del teniente coronel Máximo Santos —cuya antigua posesión se encuentra en la Avda. de las Instrucciones al 1063, hoy sede del Centro de Estudios de Ciencias Naturales y "Museo Oliveras"— y las calles del recién surgido centro poblado iban a llevar, precisamente, el nombre de los ciudadanos que in-

PUNTERO IZQUIERDO

Vos sabés las que se arman en cualquier cancha más allá de Propios. Y si no acordate del campito del Astral, donde mataron a la vieja Ulpiana. Los años que estuvo hinchándola desde el alambrado y, la fatalidad, justo esta tarde no pudo disparar por la uña encarnada. Y si no acordate de aquella canchita de mala muerte, creo que la de Torricelli, donde le movieron el esqueleto al pobre Cabeza, un negro de mano armada, puro pamento, que ese día le dio la loca de escupir cuando ellos pasaban con la bandera. Y si no acordate de los menores de la Cuchilla Grande, que mandaron al nosocomio al back derecho del Catamarca, y todo porque le habían hecho al capitán de ellos la mejor jugada recia de la tarde. No es que me arrepienta, ¿sabés? de estar aquí en el hospital, se lo podés decir con todas las letras a la barra del Wilson. Pero para poder jugar más allá de Propios hay que tenerlas bien puestas. ¿O qué te parece haber ganado aquella final contra el Corrales, jugando nada menos que nueve contra once?

En "Montevideanos" (1954)
por MARIO BENEDETTI

tervinieron en el movimiento político que terminó con la dictadura de aquél.

La superficie del pueblo constaba de 44 manzanas, extendidas sobre la antigua chacra de Grajales.

En enero de 1889 apareció en el diario montevideano "El Ferro-Carril" este pintoresco aviso, que daba el tenor exacto del nacimiento de un nuevo pueblo:

"Felipe D. Segundo, por cuenta de la S. A. Paz y Trabajo empezará el domingo 20 de enero la venta de solares en el nuevo pueblo Conciliación.

A tales efectos saldrá un tren expreso de 2 coches de primera clase y ocho de segunda para conducir gratis a la concurrencia.

Banda de música, asado con cuero, dos vaquillonas, cohetes voladores, cerveza y habanos para obsequiar a la concurrencia.

¡En las puertas de la ciudad, en la estación Sayago!

¡En la antigua chacra de Grajales!

El tren expreso pasará en frente al pueblo.

No olvidarse que antes de 6 meses tendremos el tranvía a Colón, proyectado por el Dr. Reus, y aprobado ya, que pasaría por la puerta, habiéndose ya empezado el empedrado.

¡A 15 minutos de la Plaza Independencia!

Venderemos por lo que den.

Tendremos por 50 a 60 pesos, en mensualidades, un solar para una quintita; hasta para los empleados públicos."

Alrededor del nudo ferroviario y de los talleres; atando con sus caminos las verdes parcelas de las huertas; enseñando los avances de la urbanización que se instala en la zona; exhibiendo los jardines floridos de los pequeños propietarios que compraron su casita con heroico tesón; levantando aquí y allá las grandes plantas industriales, esta zona tiene el doble signo de la ciudad fabril y el campo sereno. En su síntesis se esconde toda una parábola de progreso.

UNIDAD CASAVALLE

El Miguelete ha crecido y las aguas están cerca de las puertas de las casas del sector más bajo de la Unidad Casavalle, un núcleo de viviendas de emergencia en los suburbios montevideanos. Una multitud de niños descalzos salta en los charcos. En el interior de las 216 viviendas de la zona, 2.200 personas viven en condiciones infrahumanas, con techos que se llueven, obras sanitarias en estado deficiente, cloacas descubiertas. (...) La Unidad Casavalle no es un cantegril ni siquiera un rancherío. A lo sumo es un barrio de emergencia, edificado por el Municipio, adjudicado a gente humilde y abandonado luego a su propia suerte. Pero en el mejor de los casos sirve de ejemplo de este país que se ve reducido a una condición de miseria y abandono, sin culpa alguna, sin haber hecho méritos para que la sociedad se olvidara de ella. Hace diez años un periodista imaginativo y con sentido del humor estableció un paralelo entre Punta del Este y su Cantegril, parque privado, a pocos quilómetros de la península, con bosques cuidados, calles bituminadas y casas lujosas y los otros suburbios, los montevideanos, con su cinturón de miseria, sus ranchos de lata, el hambre de varios días, el frío, la falta de ropas y la escasez de alimentos. Desde entonces "cantegril" es algo más que un nombre foráneo y sajón de un lujo más en un país de subdesarrollo. Es el nombre con que, por un eufemismo no desprovisto de crueldad, el uruguayo designa lo que los brasileños llaman "favela", en los países de habla francesa "bidonville", en Buenos Aires "Villas Miseria". En todos lados se repite la ironía.

MANUEL MARTÍNEZ CARRIL
En revista "Reporter"

PUEBLO ABAYUBA

Sobre la orilla izquierda del arroyo de Las Piedras y sólo separado por el puente Solís de la hoy ciudad de La Paz, del departamento de Canelones, se encuentra el pueblo Abayubá, llamado así en homenaje al cacique charrúa, sobrino de Zapicán, que sucumbió en 1574, en lucha con las fuerzas del capitán Juan de Garay.

Fue mensurado y dividido por el ingeniero Emilio Du Pré. Las ven-

tas de terrenos organizadas por Marcelino Santurio y Florencio Escardó fueron anunciadas por la prensa en idiomas español, alemán, inglés, italiano, portugués y en lengua vasca.

El acto de fundación, al que concurrieron unas dos mil personas, tuvo lugar el 5 de octubre de 1873. Este fragmento de una crónica de dicha inauguración revela gráficamente una imagen del ambiente en el que se realizaban en el Montevideo de aquellos tiempos:

"El pueblo estaba embanderado y sus calles perfectamente delineadas y amojonadas.

La concurrencia se dirigió a la mesa preparada al efecto donde había magníficas cajas preparadas para obsequiar a las damas, y ¡vergüenza nos da el decirlo! — como lobos hambrientos mientras tenía lugar la ceremonia, parte del pueblo había atropellado la autoridad y la mesa, rompiendo y robando vasos, botellas, cuchillos, etc.

Sin embargo la concurrencia pudo gustar el sabroso asado con cuero, gozar de la música, corrida de sortija, etc.

También se vendieron 32 solares en $ 5.400, regresando la concurrencia alegre y satisfecha a las 5, no sin presenciar un lance desagradable."

La reseña de los festejos finalizaba con esta aspiración del cronista:

"Que se repitan!

Pero que no se repitan los balazos, las puñaladas y los botellazos." Que también los hubo.

El auge de La Paz ha postergado siempre el desarrollo de Abayubá, cuyos moradores se dedicaron en general a las tareas agrícolas.

EL CENTRO ARTESANO

Inicialmente las "casas de la Compañía"; dos cuerpos dobles de viviendas en block, cuarenta y dos unidades, de blancos muros a la cal, para hogar de los primeros empleados y obreros. A la vez y en predio independiente —y portones adentro— las enjardinadas residencias para jerarcas, confortables y luminosas, con paredes de ladrillo a la vista; es decir, a la vista mientras la hiedra trepadora no escalara altura, porque más rápido de lo que se esperaba comenzó a cubrirlas de verde oscuro, dándoles un tono de austeridad claustral, que imponía el signo ceñudo de la distancia.

Con el tiempo él vio cómo, poco a poco, iban delineándose calles, rellenándose zanjones, desapareciendo lagunas. Él oyó el estampido de los cohetes en domingos de remates. Y oyó los comentarios de las ventas de solares. Y cómo cobraba popularidad la palabra "cuota". Y vio cómo cundía el sentido de la propiedad. Y cómo el martillo golpeaba sobre el cabezal de los mojones. Y cómo el alambre cumplía sus funciones demarcatorias, dando trabajo a escribanos y agrimensores. Y cómo la piedra y el ladrillo, la cal y el cinc, se asociaban en las manos del hombre para tranformarse en viviendas. Modestas, sencillas, rústicas a veces, a imagen y semejanza de sus habitantes.

Él vio, a la hora "del pito" del taller, cómo crecían y crecían las columnas de artesanos de dril azul, que franqueaban el portón y colgaban su número en el "chapero" para iniciar la jornada.

Y se familiarizó con el rechinar de locomotoras y vagones y con ruidos ensordecedores de sierras y martinetes, y mil herramientas en acción, que de lunes a sábado atronaban el espacio.

Él vio cómo se afincaban los obreros ferroviarios, de origen itálico muchos de ellos, cuando no de las tierras de Rosalía de Castro. Y cómo le brotaban los almácigos y le crecían las lechugas y le florecían los durazneros y los rosales. Y cómo el parral se transformaba en comedor de verano, al aire libre.

Él vio aumentar el número de casas y comercios, luego el número de manzanas edificadas y más luego el número de familias y, finalmente, la realidad de hoy: una densa población, de vida propia, carácter propio, identidad propia, ya con aire cosmopolita de ciudad, alineada en la evolución de todas las conquistas de la civilización y el confort.

Emilio Carlos TACCONI
en suplemento dominical
de "El Día" - 6/XII/1970.

UN DIALOGO SECULAR ENTRE VIDES Y EUCALIPTOS

VILLA COLON

Villa Colón fue fundada con un designio deliberado. No nació de a poco, alrededor de un cruce de caminos, de una capilla o de una pulpería, sino por acto consciente de la voluntad humana.

Hacia fines de 1868 la sociedad Cornelio Guerra Hermanos y Cía., decidió erigir una villa de recreo, a orillas del arroyo Pantanoso, para solaz de la población montevideana. Adquirió entonces 423 cuadras cuadradas y fracción a 11 km. de la Capital. Estos campos, que pertenecían a varios propietarios, formaban parte de una chacra que a mediados del siglo XVIII había sido donada por el gobierno español a Tomás Aquino y su mujer María García.

Toda la zona estaba asentada en una fracción mucho más extensa, que Gervasio Antonio Posadas había donado en 1814 al general Francisco Xavier de Viana

Cuando los accionistas de la sociedad trabajaban en rueda amistosa el futuro nombre que llevaría la villa, se había abierto camino el de una ciudad estadounidense. Pero "Chicago", que era la denominación escogida, no satisfacía a doña Inés Botet de Romero, quien propuso la de Colón. Y Colón fue aceptada, con todo el peso de sugerencias y evocaciones que entrañaba la sonora y sencilla palabra.

Los actuales agentes de publicidad sonreirán compadecidos al leer los grandilocuentes anuncios del remate de terrenos. El anuncio aparecido el 1º de diciembre de 1872, decía:

"MADERO, PERDRIEL Y CIA. ¡La llegada del Mesias! ¡El Remate deseado!

En venta por fin y después de cuatro años. Los preciosos terrenos de Villa Colón.

El punto más elevado de la República Oriental. Al nivel del Cerrito. Poco menos que el Cerro.

Suele verse la Colonia.

¡20 lotes únicamente en venta! ¡20 lotes!"

Ese mismo año, en el mes de agosto, fue decretada la creación del Pueblo Ferrocarril, contiguo a la estación ferrocarrilera de Villa Colón.

Los cuatro años transcurridos entre 1868 y 1872 no fueron vanos. A lo largo de los mismos, con inteligencia y visión admirables, el agrimensor francés D. P. D'Albenas que nos dejara el plano de la ciudad de Montevideo y sus alrededores de 1867, trazó amplísimas calles (25 metros para Isabel 1º y 17 las otras), delineó el arbolado de las aceras y plazas, proyectó majestuosas y nobles portadas para ornar las cuatro aceras principales. Todo estaba listo, pues. Faltaban los pobladores. Y éstos naturalmente, llegaron.

La casi totalidad de las tierras pertenecientes a los hermanos Adolfo, Alejandro y Cornelio Guerra eran propiedad en el momento de su adquisición por aquéllos, de don Perfecto Giot. En el intervalo 1868-1872 este incansable pionero tuvo a su cargo, con la colaboración de Jean Pierre Serrés, la plantación de un millón de eucaliptos, de araucarias, aromos, acacias, casuarinas y pinos, culminando asi los proyectos que había iniciado en sus propias tierras. Pronto se levantó la verde insurgencia de los árboles, que daban gracia al paisaje y embalsamaban el ambiente con intensos aromas.

Tras los eucaliptos y las anchas avenidas, y detrás de las pilastras de entrada a la futura Villa, fueron surgiendo las casas.

El pueblo "de recreo" estaba en marcha. Los cuatro chalets primitivos construidos por los hermanos Guerra pronto tuvieron la compañía de hermosas residencias.

La sociedad de Lezica, Lanús y Fynn, fundada en 1866 con el fin de proveer de aguas corrientes a Montevideo, adquirió en 1873 las acciones de los hermanos Guerra y dotó a la villa de un afirmado vial magnífico. El Sr. Ambrosio Lezica costeó de su peculio la ma-



Gran portón de trabajadas formas, vivo testimonio del trabajo artesanal de artistas anónimos, de la que fuera residencia veraniega de la Flia. Idiarte Borda. Enmarcándolo, dos columnas dobles de material.

cadanización de la avenida Isabel 1ª, que luego con justicia, llevó su nombre.

Y tras todo andaba la mano diligente del Sr. Giot. Establecido desde mediados del siglo XIX en el lugar, poseía en su cabaña "Los Rambouillets", ovinos, equinos y vacunos de las mejores razas europeas, amén de un selecto jardín zoológico y botánico. En entrega anterior referimos que don Perfecto Giot trajo los primeros carneros y ovejas Rambouillet que llegaron a nuestro país. Estos ejemplares fueron la base de su establecimiento pecuario en Paso del Molino.

Frente a su chalet, Giot levantó un hotel e instaló un tranvía que unía a éste con la Estación. Y cuando después de 1875 se remataron las posesiones de Ambrosio Plácido Lezica, Anacarsis Lanús y Enrique Fynn, gran parte de ellas volvieron nuevamente a su propiedad.

Colón, con los años, vio florecer otra gracia bíblica, en la hermosura de sus paisajes.

Don Francisco Vidiella, un esforzado español que entre 1873 y 1875 había estudiado la industria vinícola en España, Portugal y a orillas del Rhin, volvió al Uruguay a emprender una gran aventura industrial.

Trajo consigo sarmientos de muchos tipos que plantó en su granja de Colón hasta que, tras múltiples ensayos y fracasos, logró en 1883 una cepa resistente, adaptada a nuestras condiciones climáticas.

Planta entonces ocho mil vides del tipo que lleva su nombre, con caracteres semejantes a las de la Folle Noire y obtiene un triunfo resonante.

El 25 de febrero de 1883 se celebró la primera fiesta de la Vendimia. La granja de Vidiella era la reina de la ocasión. Y tanto se reconoció el esfuerzo pionero de este empeñoso vitivinicultor que el gobierno del Gral. Tajes le otorgó, para que lo compartiera con Pascual Harriague, otro adelantado del Salto, un premio especial.

Desde el 22 de marzo de 1891 un monumento de Juan Luis y Nicanor Blanes, honra perpetuamente su memoria en la plaza principal de la Villa.

Tras la huella de Vidiella vinieron cientos de granjeros visionarios a la región. A fines del siglo XIX, en 1898, don Juan Bautista Passadore se establece en el lugar y hoy, una floreciente y prestigiosa bodega, recoge y engrandece la antepasada tradición.

Si bien el auge veraniego de Colón se ha clausurado, mantiene sus características de retirada calma y sano sentido localista que se traduce en obras en que la colectividad abastece sus necesidades e inquietudes.



Detalle de la plaza de Colón y del monumento al español Federico Vidiella, pionero de las industrias vitivinícolas de la zona sur de la República. En 1883, más que sexagenario, presidió la primera Fiesta de la Vendimia, celebrada en su granja de Villa Colón.

La congregación Salesiana inauguró el 2 de febrero de 1877 la capilla y el colegio que la Iglesia Católica del Uruguay había recibido de la Sociedad Anónima Le-

zica, Lanús y Fynn. Esta institución de enseñanza que fue denominada Pío IX en homenaje al Papa reinante en aquella época, tiene en los anales pedagógicos uruguayos una esclarecida historia.

Dotada en 1882 de un observatorio meteorológico que fue seguido por un Observatorio Magnético y Sísmico y luego por uno Astronómico, prestó valiosos servicios al país y a los navegantes del río de la Plata. El nombre de su primer Director, el presbítero Luis Lasagna, quien también fundó en 1878 un colegio para niñas en Villa Colón, es recordado con respeto.

En 1914 se funda en Colón el Centro Nacional de Aviación Civil, en el que se formaron destacados pilotos compatriotas. Dos años antes, siguiendo la huella de don Domingo Moro, quien hacia 1888 inició con un carruaje los servicios de locomoción de la villa, habían llegado los coches de La Comercial hasta las propias puertas del Colegio Pío.

¡Y cuántas cosas más vienen en las memorias de la Villa: las canteras de piedra de Juan Leániz, la estación ferroviaria inaugurada en 1869, la escuela de 2º grado Nº 50, fundada como escuela rural Nº 1 en marzo de 1873 que se conoció con el nombre de "Bonilla", la de primer grado Nº 38, fundada en 1911 y cuya primera directora fue la señorita Ana N. Falco, la Banda Popular de Perosi y Pavanello, el Tea Garden (Jardín de té) Colón, los bulliciosos corsos de Carnaval, las fiestas de la Vendimia!

Hacia 1922, Colón era la sede estival de muchas familias montevideanas, entre ellas, las de Idiarte Borda, Perey, Arrarte, Monteverde, Young, Ameglio, Mailhos, Bélinzon, Raíz, Castellanos, Pujadas, Castells, Ferriolo, Romero y Ferrando.

César de Álava en sus evocaciones de Villa Colón ha brindado su emocionado homenaje a centros de enseñanza en los que se educaron muchos habitantes de Melilla, del Pantanoso y de la zona del Mercado Nacional de Haciendas (la Tablada), que como se ha dicho "constituye el foco comercial más importante del país": los llamados por la voz del pueblo, colegios de la Srta. Carolina Beraldo, de la Srta. María Caviglia y de Doña Asunción.

En la actualidad, el ejemplar estadio cerrado del C. A. Olimpia, que del barrio Guruyú llegó a Colón en 1934, es la más importante obra, aunque no la definitiva, que consagra el impulso progresista de los habitantes de esta bella zona montevideana.

MELILLA

La zona de Melilla tomó su nombre de uno de los primeros pobladores de Montevideo, Juan Delgado Melilla, oriundo de las islas Canarias.

Un expediente que consultamos en el que fuera archivo de la Escribanía de Gobierno y Hacienda, iniciado con motivo de la medición y amojonamiento de la Estancia de la Caballada del Rey, "comprendida entre los arroyos Pantanoso, Piedras y la mar con la Barra de Santa Lucía", alude a la estanzuela de la Sra. Mariscala Dña. María Francisca de Alzáybar, de una suerte de estancia, que fuera adquirida a los herederos de Juan de Melilla en 1774. En otros documentos aparece su nombre completo.

Dos prestigiosos establecimientos pecuarios ocuparon predios en esta extensa región montevideana, a fines del siglo pasado y parte del actual: uno fue la estancia "Santa María", fundada por el brigadier general don Manuel Oribe en los albores de nuestra independencia.

Uno de sus descendientes, el Sr. Félix Buxareo Oribe, al heredarla, le imprimió a la cabaña un ritmo progresista incorporando planteles de raza Durham, cuyos magníficos exponentes fueron los primeros en ser inscriptos en el H. B. U.

Situada al final del Camino de la Redención, fue luego propiedad de la firma Taranco y Cía. S. A., que conservó, restaurada, la casa habitación del que fuera 2º Jefe de los Treinta y Tres.

Otro establecimiento de renombre, fue el del escritor Carlos Reyles, quien poseía una cabaña considerada entre las mejores del país, especializada en cría de caballos de carrera. Los aficionados del turf recordarán a Imperio, que en 1895, no tenía rivales en el Río de la Plata.

Hoy la agricultura —con escasas excepciones como La Tablada que fuera trasladada desde Sayago — ha sustituido en la zona estas actividades. Por aquí se extiende el triunfo rotundo del viñedo. Con sus frentes tostadas por el sol, con su aspecto que irradia salud, serenidad y optimismo, apegados a la tierra y a la tradición, multitud de hombres, mujeres y niños de Melilla, muestran al país, que también por la vía de la agricultura puede llegarse a la conquista del progreso.

AL OESTE DE MONTEVIDEO

LA BARRA DE SANTA LUCIA (PUEBLO SANTIAGO VAZQUEZ)

El 13 de diciembre —día de Santa Lucía— de 1607, llegaba a la barra del río que lleva hoy ese nombre, el gobernador Hernando Arias de Saavedra. Este activo criollo, uno de los grandes pioneros del progreso en el siglo XVII, le escribió al rey Felipe III de España al año siguiente una carta, en la que ponderaba las excelencias de estas tierras donde, además decía: "Hallé allí algunas canoas de los naturales de aquella costa: y en suma me parece uno de los mejores puertos y de mejores cualidades que debe haber descubierto, porque además de lo dicho, tiene mucha leña..."

Esta afirmación de Hernandarias que encomia las calidades portuarias de la Barra de Santa Lucía se ve robustecida por el testimonio del viajero francés Luis de Bougainville que 160 años después, en 1767, afirmó: "Con todo trabajo y a muy poco coste se haría en el río Santa Lucía uno de los más hermosos puertos del mundo".

Ambas opiniones tuvieron mucho predicamento en los siglos XVII y gran parte del XVIII. No se pensaba entoces en calados mayores y se tenía el preconcepto de que los estuarios o rías favorecían el establecimiento de puertos. El tiempo se encargó de desmentir este aserto.

En cuanto a los bosques del Santa Lucía, leñadores de barcos surtos en la bahía de Montevideo abatían sus árboles, como asimismo se servían de ellos los vecinos de Montevideo para atender las crecientes demandas de combustible.

César Miranda afirma que una guardia portuguesa, establecida en una pequeña casa de piedra, dio nombre al lugar. Nuestras investigaciones nos han puesto en conocimiento que en diciembre de 1765 fue establecida una guardia española en la boca del Santa Lucía, en la margen derecha, en tierras de Francisco Alzáybar, enfrente a la que había colocado en la otra banda el gobernador de Montevideo, para evitar se descargaran en el paraje efectos de contrabando con destino a la Colonia del Sacramento.

El nombre del paraje debe originarse, pues, en los tiempos hispánicos.

Luego llegaron pobladores a establecerse sobre la margen izquierda del río, sobre un albardón granítico de la cuchilla de Pereyra.

En febrero de 1878 comienzan a funcionar los Corrales de Abasto de Santa Lucía, que acrecentaron el valor demográfico de la zona.

Luego se impuso la urbanización del poblado, que ingresara a la nomenclatura con el nombre de "La Guardia", y luego se conociera con el de "Barra de Santa Lucía", y desde julio de 1912, con la denominación de pueblo "Santiago Vázquez", con el que se honra la memoria del que fuera constituyente de 1830 y luego ministro de Estado.

En su exposición de motivos para el proyecto de ley respectivo, decía el entonces diputado por Montevideo Alberto Zorrilla que la edificación de la calle principal, a mediados de ese año, era de material en su mayor parte "con algunos edificios de estilo moderno".

Se encontraban instaladas allí la escuela pública Nº 15, oficinas del orden administrativo, judicial y municipal y se estimaba que la población seguiría en aumento a consecuencia de las grandes obras a efectuarse con motivo del puente que uniría a esta zona con el departamento de San José.

Este núcleo de población estaba ligado con Montevideo por el



La Barra de Santa Lucía. El desarrollo progresivo de Montevideo alteró su fisonomía de un tiempo sin prisa (principios del siglo XX), que quedara así aprisionada por el ojo de la cámara.

Ferrocarril del Norte, que tenía su terminal precisamente allí, y por carretera macadanizada y con San José, por intermedio de una balsa que operaba en muelle de material.

Era asiento de dos importantes fuentes de trabajo: el matadero y la arenera que abastecía a la edificación de Montevideo. Según Orestes Araújo, se calculaba en 600 el número de sus habitantes.

La belleza del lugar dio motivo posteriormente a la plantación y delineación de un parque, que lleva el nombre de "Tercera República Española", al acondicionamiento de una pista de regatas y de un excelente embarcadero de yates.

La importancia de las vías de comunicación terrestre con el li-



Hasta aquí llegó Hernandarias a fines de 1607. Hoy, la Barra de Santa Lucía es un espejo de aguas, donde se mecen serenamente numerosas embarcaciones de recreo.

toral del río Uruguay y el oeste del país determinaron que en 1906 se resolviera la construcción de un puente en el Camino Nacional, en el denominado "Paso de la Balsa". Tres años más tarde, en julio de 1909, se libraba al tránsito público una de las más importantes obras de ingeniería de América del Sur de la época, totalmente construida bajo la dirección de técnicos nacionales.

El puente giratorio de Santa Lucía, al inaugurarse, tenía 338 mts. de largo, y se hallaba a 15 mts. de altura sobre el lecho del río, que tiene, término medio, 2 metros de profundidad.

Los tramos metálicos del puente se adquirieron en las usinas norteamericanas "United States Steel

Products Export Company" y el total del dinero invertido para construirlo e instalarlo, ascendió a la hoy muy modesta suma de $ 220.927,99.

El 28 de noviembre de 1909 el presidente Dr. Claudio Williman y el ministro de Hacienda Dr. Blas Vidal lo inauguraron solemnemente ante un público de 3.000 personas.

En la actualidad en la Barra de Santa Lucía, una de las puertas de entrada al departamento de Montevideo, se ha creado un activo centro de tránsito determinado por las rutas 1 y 3. El ritmo agitado del tránsito tiene también su contrapartida en el reposo: un bello parque y un espejo de aguas sereno que el sol de la tarde hiere vívidamente.

EL PARQUE TOMKINSON

En 1828 llegó a nuestro país el súbdito británico Tomás Tomkinson. De modesto empleado de comercio asciende a comerciante, importador, saladerista y banquero. Integró, en su país de adopción, numerosos organismos públicos y privados: fue arrendatario de la Empresa de Gas, presidente del Banco Comercial, durante casi una década, y formó parte, asimismo, del primer directorio del Ferrocarril Central del Uruguay.

Uno de los aspectos más interesantes de su labor creadora, vinculado a la formación paisajística de los alrededores de Montevideo, está concretado en el parque forestal "La Selva". Este establecimiento, próximo al Paso de la Arena está situado sobre el Pantanoso. Su frente da al antiguo Camino de las Tres Esquinas, hoy llamado Camino Tomkinson.

Dicho parque, situado a 15 km. de Montevideo, fue convertido en 1936 en un lugar público. Sus amplias avenidas de palmas, eucaliptos, pinos, abetos, casuarinas y otras variedades botánicas constituyen un rincón de singular belleza, no conocido aún suficientemente por los montevideanos que salen a los alrededores de la ciudad en búsqueda de descanso y aires puros.

Tomkinson plantaba y cuidaba sus árboles personalmente. Uno de los ensayos de aclimatación más felices, llevado a cabo por él, fue el del Eucaliptus Globulus (Eucalipto criollo) cuyas simientes fueron traídas en 1852 del Jardín Botánico del Cabo de Buena Esperanza, África. Como se sabe, el eucalipto es originario de Australia, pero en África del Sur, donde se ha adaptado muy bien, tiene condiciones climáticas semejantes a las nuestras.

Cuatro años antes que en la Argentina, se hizo esta experiencia en el Uruguay. Hoy, en la Av. Buschental del Prado, los centenarios eucaliptos allí plantados proclaman a los vientos que en 1852 transcurría su infancia en una almaciguera de "La Selva" de Tomkinson.

EL PARQUE LECOCQ

Cuando hoy contemplamos la relativa libertad de los animales alojados en el parque Lecocq, una sede menos carcelaria del zoológico celular de la Avda. Rivera, tal vez ignoramos que en esos mismos campos se extendía el establecimiento de un prominente uruguayo, Jefe Político de Montevideo en 1855, legislador, ministro, avezado comerciante y miembro activo de la Orden Masónica en la República: Francisco Lecocq, hijo del brigadier de los ejércitos españoles Ing. Bernardo Lecocq.

En sus tierras del Paso de la Arena, Lecocq realizó importantes experiencias sobre ganadería y agricultura. Sus trabajos sobre arboricultura —plantó muchos eucaliptos y acacias de Australia—, viticultura y sericultura (cría del gusano de seda) revelaron las inquietudes de un espíritu siempre abierto a las innovaciones y al progreso. A Lecocq se le debe asimismo la introducción en marzo de 1861 de los llamados segundos tipos de la cabra de Angora, ya que los primeros los introdujo en Soriano, Manuel Chopitea, según lo afirma Mariano B. Berro.

Las cabras de Angora importadas por Lecocq, provenían de Persia (Asia) y por vía de Constantinopla e Inglaterra habían llegado al Cabo de Buena Esperanza de donde fueron embarcadas con destino a Montevideo. Con su pelo largo y finísimo se fabricaba la seda llamada Mohair.

Su mayor intervención en pro del desarrollo del Uruguay fue su descubrimiento del procedimiento de la aplicación del frío para la conservación de las carnes. Con su compatriota Federico Nin y Reyes, impuso sus ideas y proyectos, en París, al ingeniero francés Carlos Tellier, inventor del frío industrial, y desde ese momento puede decirse que nació la industria frigorífica. El primer ensayo fue efectuado en 1868 a bordo del vapor "The City of Río de Janeiro".

BARRIOS RESIDENCIALES

MALVIN: UN ESCENARIO VITAL EN AUGE

Igual que Buceo, Malvín fue zona de saladeros. Precisamente su denominación proviene, por deformación, del segundo nombre de Juan Balbín González de Vallejo, quien tenía su establecimiento en dicho paraje.

Juan Balbín de Vallejo, que así se firmaba, fue también cabildante y hacendado. En 1792 adquirió tres suertes de estancia sobre el río Solís Grande y la Sierra de Pan de Azúcar. Tuvo destacada actuación con su compañía en la reconquista de Buenos Aires y en la defensa de Montevideo contra el invasor inglés, e integró la Junta Montevideana de Gobierno de 1808.

Besnes Irigoyen ejecutó su retrato a pluma. Cuando en 1841 sus herederos ponen en venta su saladero y su chacra del Buceo, ésta tenía una superficie de "37 cuadras cuadradas con arroyo y pozos o manantiales permanentes".

En la zona también fue levantado durante el período hispánico, el saladero de Magariños, ubicado en las actuales calles Asamblea y Dalmiro Costa, según el Dr. Luis Bonavita.

El mismo autor, en una documentada página sobre los saladeros de Montevideo, afirma que el español José Gestal, casado con Juana González Vallejo, fue saladerista en este paraje a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Su esposa adquirió a los sucesores de Solsona la chacra donde levantara en 1841 su establecimiento, que tenía veinticuatro cuadras de superficie, y lindaba al Norte con zanja de Juan María Pérez, al Noroeste y al Sur con el vendedor y al Suroeste con el arroyo Malvín, por el medio con la chacra de los herederos de Juan Balbín Vallejo. En este saladero, ubicado en la calle Tarariras, entre Godoy y Espuelitas, según el citado historiador, estuvo instalado durante la Guerra Grande, el Juzgado de Crimen, a cargo del escribano Luis B. Cavia.

José Gestal, natural de Galicia, vino a nuestro país por primera vez en 1787 y se dedicó a la actividad comercial e industrial.

Según lo manifestado, con orgullo por sus trabajos, fue el primero en introducir en los puertos de España, en un buque propio, el pabellón de la República Oriental del Uruguay. El gobierno español, en una audiencia regia, lo distinguió con la Cruz de Carlos III.

Tuvo una casa de consignaciones en Montevideo y otra en Buenos Aires, varios barcos y propiedades, hasta que una quiebra en 1839, lo dejó completamente arruinado.

Luego de una larga enfermedad, falleció a los 84 años en mayo de 1861. Sólo nueve personas formaron su cortejo fúnebre, entre los cuales, cuatro eran sus deudos.

En una barranca de la playa Malvín, en tierras que arrendó primero a los religiosos franciscanos del Convento de San Bernardino de Montevideo, y que compró más tarde, en tiempos de la República, levantó Juan María Pérez un molino de agua, hacia 1840, con cimientos de piedras y paredes de ladrillos.

Su biografía trazada por Isidoro de María, el Dr. José Ma. Fernández Saldaña, y la profesora María Julia Ardao, permite esquematizar algunos rasgos de su singular personalidad. Había nacido en 1790 en su casa solar del arroyo Seco, a la cual ya nos referimos. Se graduó de bachiller licenciado y doctor en la Facultad de Sagrada Teología, en 1810, en la Universidad de San Francisco Javier en Chuquisaca, en el Alto Perú; participó en la revolución oriental de 1811, actuando en los dos sitios que sufrió la plaza; fue miembro de la Asamblea Constituyente de 1828 y del Tribunal del Consulado de Comercio en ese mismo año; ministro

de Hacienda del presidente Rivera (1831), legislador por Montevideo y por último Ministro de Hacienda en el gobierno de Oribe (1835 - 1837). Excepcional hombre de empresa y poseedor de una de las fortunas más grandes del país, tuvo numerosos establecimientos de estancia, dos saladeros —uno en Punta de Yeguas y otro en Piedras Blancas, conocido más tarde por Legrís—, barracas, pulperías, panaderías, tahonas y hornos de ladrillos. Sus fincas urbanas alcanzaban a ochenta en el año 1836. Levantó en 1842 su gran residencia en las actuales calles de Sarandí y Juncal, que subsistiera hasta hace pocos años. Tuvo una pequeña flota de barcos de grande y pequeño porte, algunos de su propiedad y otros contratados, que llegaban hasta Santa Cruz de Tenerife y Cádiz, en desempeño de sus actividades de exportación e importación. Concibió varios planes de colonización que permitieron el acrecentamiento de la población de la República con agricultores y artesanos, y trajo millares de familias de las Islas Canarias, cuyo primer contingente llegó en 1837.

Juan María Pérez falleció ya ciego el 17 de noviembre de 1847 en su molino de Malvín, pero éste no interrumpió sus moliendas.

La Rambla de Malvín en la década de los años 20 de este siglo.



Hasta allí llegaba a principios de siglo a pintar paisajes de los alrededores con Milo Berreta y otros pintores jóvenes el Dr. Pedro Figari, según lo refiere el crítico de arte e historiador José Pedro Argul.

La reconstrucción del Molino de Pérez, a cargo del Municipio de Montevideo y la dirección de Horacio Arredondo, dio comienzo en 1958. Con motivo del desarrollo de Los Pocitos como zona balnearia, hubo de trasladarse el trabajo de los lavaderos a los desiertos campos de Malvín. Allí frente a la Punta, hoy llamada Descanso, en 1896, Francisco Piria fundó el barrio Lavaderos del Este, destinado a este gremio.

Años después, hacia 1911, el Dr. Arturo Lussich, conjuntamente con los doctores Roselló y Carrau, construye junto al mar un sanatorio para pacientes de enfermedades óseas, que tuvo corta duración.

Hacia 1917 queda habilitada la primera vía de acceso que tuvo Malvín, la calle 18 de Diciembre. Poco después se abre la Rambla y es asfaltada la calle Orinoco.

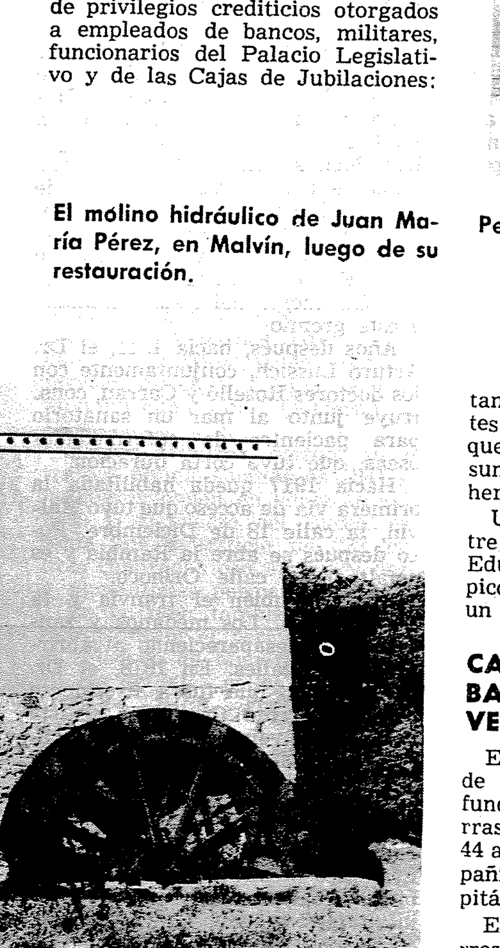
Llega también el tranvía y la luz eléctrica. Los médanos y zanjones van desapareciendo al abrirse nuevas calles. En 1918, el Dr. Julio Guani, que fuera Presidente de la Suprema Corte de Justicia por más de veinte años, pasa a radicarse en la zona. En la década del veinte veranean en la costa malvinense grandes figuras populares del Río de la Plata: Gardel, Leguisamo, Francisco Canaro, Francisco Maschio . . . Llegan también vareadores de caballos y los infaltables bohemios de la costa.

Hoy Malvín, que conforma una extensa zona que se conoce por

Malvín Norte, Viejo y Nuevo, constituye una de las zonas residenciales más cotizadas del Montevideo actual. Su progreso edilicio se ha gestado en gran parte al amparo de privilegios crediticios otorgados a empleados de bancos, militares, funcionarios del Palacio Legislativo y de las Cajas de Jubilaciones:



Pescadores y curiosos, frente al mar, en la playa de Malvín.



El molino hidráulico de Juan María Pérez, en Malvín, luego de su restauración.

también entre otros, por comerciantes prósperos, en épocas de auge, que levantaron elegantes y aun suntuosas construcciones en el hoy hermoso barrio.

Una de sus plazas honra al ilustre músico de Solís de Mataojo, Eduardo Fabini, otra, a los Olímpicos. Dos altas torres proclaman un intento frustrado de aerocarril.

CARRASCO: BARRIO-JARDIN DE VERTIGINOSO DESARROLLO

Entre los primeros pobladores de Montevideo al tiempo de su fundación, figuraba Sebastián Carrasco, natural de Buenos Aires, de 44 años de edad, soldado de la Compañía de Caballos Corazas del capitán José de Echauri.

En el reparto de tierras le correspondió una chacra de 330 varas sobre el Miguelete y una estancia de 3.000 varas de frente y una legua y media de fondo sobre el arroyo que más tarde llevaría su nombre.

Sebastián Carrasco tiene, fuera de su función denominadora de una zona montevideana, una importante vinculación con lo mejor de la historia oriental: fue tío abuelo del prócer José Artigas.

Más de un siglo después —en 1834— el Gobierno de la República vende estas tierras, en mayor superficie, a Juan María Pérez, quien adquiere la extensión que va desde el Rincón del Buceo, pasando por la Chacarita de los Padres, al rincón de Carrasco. Al fallecimiento de Juan María Pérez y de su esposa, estas tierras se dividieron entre sus herederos, las familias de Pérez Butler, Ordeig Pérez, Suárez Pérez y Arechavaleta Pérez.

Luego de muchos años de ser un amplio erial, la zona es tocada

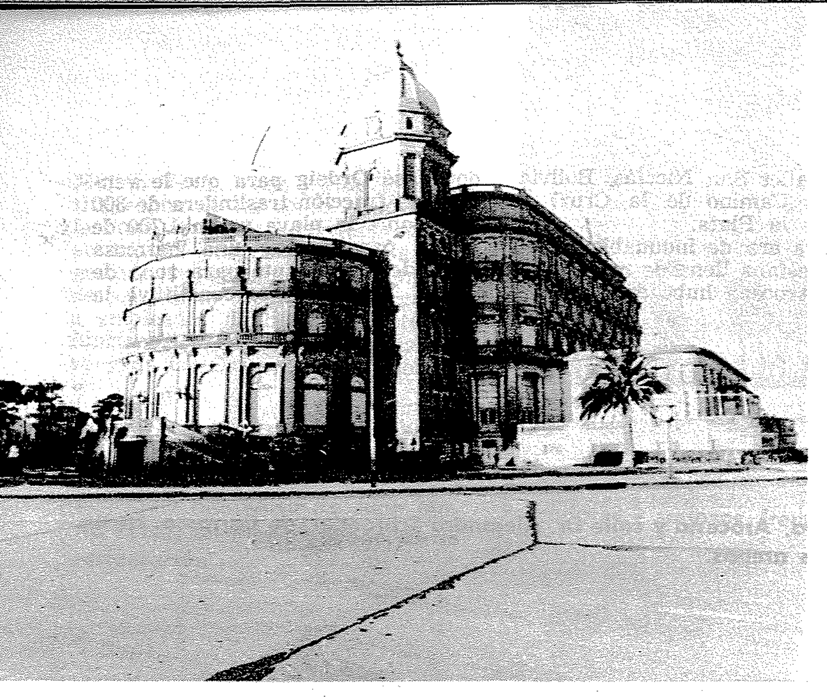
por la inspiración genial de un precursor.

En el año 1907 el Dr. Alfredo Arocena adquiere a los herederos de doña Rosa Pérez de Ordeig el "triángulo" hoy comprendido entre las calles San Nicolás, Bolivia (entonces Camino de la Cruz) y el Río de la Plata.

La zona era de indudable belleza, pero estaba llena de rocas. Fue así que Arocena hubo de apelar a don José Ordeig para que le vendiera la fracción traslindera de 300 mts. sobre la playa y con 1.700 de fondo, para lograr una hermosa cinta de arena, apta para zona de baños. Y en 1912 se constituye la

Animada estampa en la esquina de la Avda. Arocena y calle Dr. Alejandro Schroeder, de Carrasco. En sus cercanías, un horizonte de aguas y doradas arenas.





El Gran Hotel Carrasco inaugurado oficialmente en 1921.

S. A. Balneario Carrasco, cuyos administradores eran el Dr. Alfredo Arocena, D. José Ordeig y D. Esteban Elena. Comenzó entonces la venta de solares a los primeros pobladores. La localidad se llamaría Viña del Mar. Pero el nombre, semejante al balneario chileno homónimo, no prosperó.

Quien proyectó el plano urbanístico inicial del balneario fue el destacado arquitecto paisajista francés Carlos Thays, a quien se le encomendó el trazado de lo que se quería resultara una "ciudad jardín". Thays trajo como colaborador a Le Bars, un jardinero notable de la época.

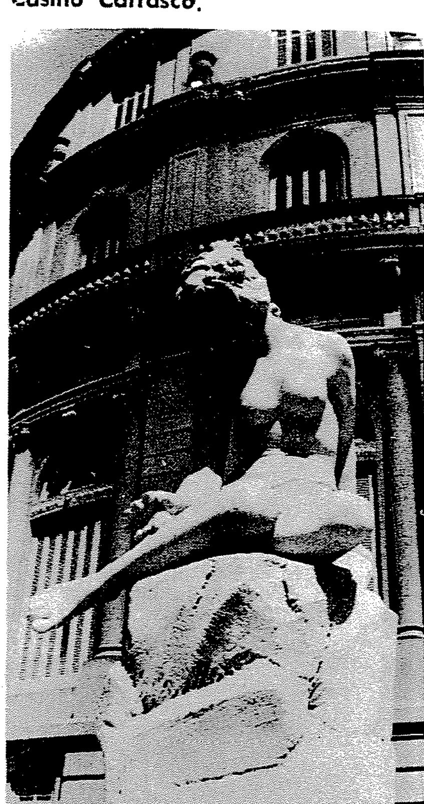
Hacia entonces era difícil llegar a Carrasco. Cuando llovía se formaban grandes fangales. En los vastos pajonales que lo rodeaban vivían alimañas y patos salvajes.

Hubo que acarrear arena, en vagonetas, de los médanos inmediatos, borrándolos así de la faz del paisaje, hasta los bañados, para cegarlos y darles un piso firme. Desde las canteras situadas a 8 kms. del futuro balneario se traían miles de toneladas de piedra para los afirmados y las construcciones.

A su vez se comenzaban a excavar los cimientos de la media docena de chalets con que la empresa iniciaba su plan de viviendas y se plantaban miles de árboles, con acelerado ritmo.

El Dr. Arocena y el Sr. Elena estaban muchas veces junto a los obreros, dando consejos, estimulando, vigilando la construcción de plazoletas, canteros y calles.

Una de las típicas obras de arte que decoran el ámbito del Hotel Casino Carrasco.



Según su biógrafo Arturo Scarone, el Dr. Alfredo Arocena fue director y abogado de varias instituciones bancarias, comerciales e industriales, miembro de la Convención Nacional Constituyente (1916 - 1917), y tuvo participación importante en varias iniciativas y obras de progreso, entre ellas la de la electrificación de los tranvías de Montevideo. Esteban A. Elena fue gerente de la empresa del "Tranvía al Paso del Molino y Cerro" y luego presidió la Compañía "La Transatlántica" constituida con la refundición en ella de las líneas de tranvías del Paso del Molino y Oriental; presidió asimismo el Directorio de los "Ferrocarriles y Tranvías del Estado" y fue miembro del directorio del Telégrafo Oriental (1905 - 1907). Entre otros importantes cargos, que desempeñó, fue presidente del Banco Hipotecario del Uruguay y del Frigorífico Nacional, senador y Ministro de Ganadería y Agricultura.

Por el año 1912, el único albergue existente en Carrasco era un rancho con muros de piedra y techo de cinc, que se levantaba en la avenida principal a unos cientos de metros de "Los Portones", portada monumental de entrada al balneario por la actual avenida Arocena, proyectada por los arquitectos Aubriot y Lerena Juanicó.

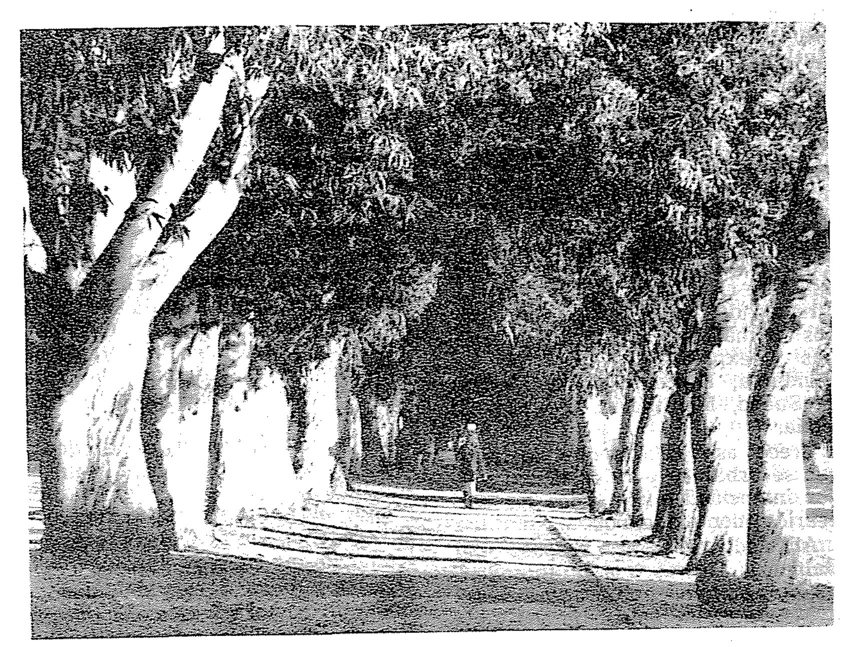
Dos años después, las obras principales quedaban finalizadas. Pero la Guerra Mundial detiene por cuatro años el nacimiento del balneario. Hay que esperar su fin para que las obras surjan, pujantes, en busca del futuro.

Todas las obras de urbanización y forestación, todas las avenidas y los jardines, todo el futuro pulso del balneario dependían de la más noble de las vísceras turísticas: un gran Hotel. Se contruyó así, dentro del balneario, la Sociedad Hotel Casino Carrasco, cuyo Presidente fue el Sr. Esteban Elena, acompañándolo los Dres. Pedro J. Martino y Prudencio de Pena y los señores Arturo Heber Jackson y Belisario S. García.

Este gran hotel, de proporciones majestuosas y seguro porte, fue encargado al ingeniero compatriota Félix Elena, que proyectó una obra que, en su género, sería la mayor del país y una de las más importantes de América del Sur.

La piedra fundamental fue colocada en 1915. Sin embargo su construcción fue lenta: hubo que esperar los fines del año 1920 para que terminara el amueblado y alhajamiento de la hermosa obra. El 4 de febrero de 1921 se inauguraba oficialmente.

En derredor del eje central del hotel se constelan las construccio-



Mientras en otros lugares de la ciudad, la gente nace, muere, ama, se enfrenta, se divierte o se angustia, el clima recoleto de esta avenida de Carrasco revive el espíritu de un tiempo sin urgencias.

nes de los primeros chalets: los de Manuel Acosta y Lara, Dr. Carlos Butler, Dr. Pedro Aguerre, Andrés Mendizábal, Alberto Heber Uriarte, Dr. J. Pou y Orfila, Ing. Federico E. Capurro. Dr. Horacio García Lagos, Dr. Alfredo Arocena, Dr. Alberto Turenne, José María Rodríguez Sosa, Sra. María Bonilla de Martínez.

El Dr. Arocena, preocupado por dar realce estético al balneario, adquiere en Europa valiosos calcos, directos de sus originales, ejecutados en mármol de Carrara, de bellas y expresivas esculturas: La Vendimia, Descanso, Una Espina, El Sueño, Meditación, Triunfo, El Vigía.

Crece así, velozmente, la zona que se urbanizó y valorizó con mayor intensidad entre todos los balnearios montevideanos.

Años después, el traspaso del Balneario Carrasco a la Intendencia de Montevideo fue un verdadero regalo disimulado bajo el ropaje de una operación comercial pues el importe recibido por la Sociedad fundadora fue de sólo $ 170.000.00.

Por tal precio se entregaron al Municipio, en época del Intendente Sr. Santiago Rivas, los siguientes bienes: 1º El edificio del Hotel Carrasco, con toda su albañilería y carpintería terminadas, obra en la que se habían invertido $ 295.000.

2º El terreno de su emplazamiento, que a los precios de esa época alcanzaba a los $ 100.000.

3º 112.000 m² de tierras donadas para hacer en ellas un parque público, los que no costarían, en aquel tiempo, menos de $ 300.000.

4º El traspaso gratuito a favor del Municipio de la concesión por 35 años de los juegos de azar que le había sido otorgado a la sociedad, de acuerdo con la ley de 1910.

Si bien las obras edilicias del hombre son importantes en Carrasco, más importante es la adecuación que el hombre hizo de la naturaleza, creando un paisaje forestal, profundo, lleno de sosiego y grandeza.

Por eso debemos enumerar rápidamente la iglesia Stella Maris, inaugurada como capilla en 1918, los sucesivos asientos del Carrasco Polo Club, las canchas de tenis de Carrasco, y el Tajamar, con toda una tradición de hermosas y memorables fiestas.

Debe destacarse en los alrededores de Carrasco, inscripto en el mismo estilo de paz y gracia forestal, el parque Gral. Fructuoso Rivera, que en los domingos soleados de las cuatro estaciones concita un público devoto del aire libre y la sombra fresca. El parque Rivera, llamado anteriormente Durandeau, fue construido por el residente francés Pierre Durandeau (1844-1927), en terrenos anteriormente anegadizos. Este parque, de una superficie aproximada de 40 hás., llamado primeramente por su creador "Ville Augustine", tenía miles de eucaliptos, sombreadas avenidas y un bien delineado lago para albergar aves acuáticas. En 1929 fue vendido al Municipio capitalino.

En la periferia de la zona se halla el Museo de antiguos medios de transporte, y los relojes, cajas de música, piezas de porcelana, armas, muebles y objetos artísticos que coleccionó el industrial Fernando García y que hoy posee la Intendencia de Montevideo a orillas del arroyo Carrasco.

Prolongando el océano forestal que domina en Carrasco se encuentra el parque Gral. Lavalleja y, ya en Canelones, el espacioso parque Franklin D. Roosevelt. Haciendo pareja con el Hotel Carrasco, pero ya en otro estilo y con otra funcionalidad, se eleva la mole del ex Hotel Miramar, que de fracasado centro turístico pasó a albergar la escuela de nurses Dr. Carlos Nery y en la actualidad, la escuela naval.

En el presente, Carrasco, brotado como un símbolo de tesón e idealismos humanos sobre una tierra llena de bañados, que tenía, no obstante, una costa hermosísima, es un ejemplo de urbanismo, un rincón lleno de aire poético y asiento de la población más aristocrática de Montevideo.

No es ya el balneario de auge veraniego que creció meteóricamente. Es una zona residencial estable, con sus instituciones de enseñanza, sus cotizadas casas comerciales, su población permanente.

Hay un diástole y sístole de automóviles que parten por las mañanas y retornan al atardecer. Son los jefes de familias —muchos de ellos directores de empresas, hacendados, profesionales— que van y vuelven y que descansan en sus suntuosas residencias los fines de semana. Pero, por lo general, las familias quedan, disfrutan de la dorada sonrisa veraniega del río de la Plata, gozan de la verde intimidad de las avenidas y de jardines armoniosamente trazados, que en parte, como se ha dicho, "proclaman el auge de los capitales durante la guerra de Corea".

CONCLUSIONES

Al cierre de este trabajo, prolongado en dos entregas de NUESTRA TIERRA, comprobamos que apenas hemos delineado, a través de algunos ejemplos, un tema tan amplio como es el de reflejar los orígenes y desarrollo, los rasgos esenciales del ser y del quehacer de los principales barrios montevideanos.

Con nitidez se percibe la carencia de información sobre las zonas de los desamparados "cantegriles" montevideanos, de los que desconocemos estudios realizados en profundidad, individualmente y en conjunto.

Por la dura limitación de espacio no señalamos como hubiera sido de nuestro interés, las necesidades, las situaciones sociales, espirituales, económicas, culturales, las carencias de ciertas obras públicas de cada barrio, en la actualidad.

Hemos puesto el acento, en el ejemplo de algunos pioneros, en mérito a lo escasamente conocidas, de su obra o personalidades. Hombres que fueron de avanzada, modestos algunos, otros, que sin dejar de lado su afán de lucro, igualmente transformaron la región que habitaban, impulsando su desarrollo y preparando los caminos del futuro. Son dignos de evocación aquellos que legaron a la comunidad el esfuerzo de toda una vida y de la acción filantrópica en obras destinadas a la asistencia pública, de los que son ejemplos cabales Alejandro Beisso, Gustavo Saint Bois y el Dr. Alejandro Gallinal.

Creemos que deben jugar un papel más visible las Comisiones de Fomento vecinales, que muchas veces en silencio, sacrificada y empeñosamente, logran lo que no se obtiene oficialmente.

Quizás así pueda obtenerse el traslado a zonas rurales del departamento, del Establecimiento Penitenciario y del Hospital Vilardebó, a vía de ejemplo, que constituyen no sólo una dramática presencia sino que impiden el mayor desarrollo de sus respectivas zonas. Es necesario que se reconquisten para el servicio activo de la cultura popular, como ya dijimos, escenarios inactivos como el del teatro de verano de Capurro; que se aumente largamente el caudal bibliográfico de las bibliotecas municipales de los barrios montevideanos, para que no se detengan o se pierdan definitivamente sus programas de promoción comunitaria; que se dinamicen zonas detenidas, envejecidas, emprendiendo la transformación de sus medios físicos sin escatimar recursos ni esfuerzos, en proyectos como el recientemente propuesto y aprobado de utilizar la estación Goes, cerrada y convertida en depósito de chatarra, para terminal de ómnibus interdepartamentales de corta distancia.

En la medida en que se planifiquen y adopten realizaciones más dinámicas de las aspiraciones de estas comisiones de fomento —complementarias de las grandes obras de interés departamental— conciliando propósitos de vecinos y de gobernantes, se lograrán, sin duda, más amplios y justos objetivos sociales. En ese empeño no debe estar ausente la prensa, la radio y la televisión montevideanas, aplicadas en campañas de difusión e impulso de una acción constructiva, que podría prosperar a expensas de la alienación de noticias y de algunos programas de mal gusto.

BIBLIOGRAFIA

ANALES DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA - Tomo IV, entrega 5ª, agosto-setiembre de 1939 — **La Villa de la Unión.**

DE MARÍA, Isidoro — **Montevideo Antiguo. Tradiciones y Recuerdos,** tomos I y II, 1957.

FOURCADE, Pedro G. — **Barrio Flores,** 1944.

HENRY PATRICK (Francisco Piria) — **Las impresiones de un viajero en un país de llorones,** 1880.

LA VOZ DEL CORDÓN — Periódico dirigido por Walter Pernas, 1934-1965.

LERENA, Andrés — **Estudio legal de las propiedades cercanas a la Bahía de Montevideo, practicado por el doctor...,** 1918.

LERENA ACEVEDO DE BLIXEN, Josefina — **Novecientos,** 1967.

M. FERDINAND PONTAC (Dr. Luis Bonavita) — **Aguafuertes de la Restauración,** 1941; **Cofre Bruñido. Evocaciones de la Restauración,** 1962.

MAGGI, Carlos — **gardel, onetti y algo más,** 1967.

MARTORELLI, Horacio — **La sociedad Urbana,** Nuestra Tierra, 14, 1969.

MÁXIMO TORRES (Carlos Máximo Maeso) — **Divagando,** 1895.

MÉNDEZ VIVES, Enrique — **La Gente y las Cosas en el Uruguay de 1830,** 1967.

MORO, América — **Sayago en mi infancia,** 1970.

MONTERO BUSTAMANTE, Raúl — **Homenaje a... Selección de sus Escritos Literarios e Históricos,** 1955. **El Banco Comercial y la época de Reus,** 1966.

MURAS, O.; y ÁLVAREZ R. — **Área metropolitana de Montevideo,** en Revista de la Facultad de Arquitectura Nº 6, 1965.

PAMPÍN, Ramón Ricardo — **Historia de la Escuela de 2º Grado Nº 48 "Austria",** 1961.

PAPINI, Guzmán — **Reflejos de una armadura,** 1938.

PARADELA, Emilio Ramón — **"Un Vintén P'al Judas".** Contribución al Folklore de Montevideo, 1955.

PATRÓN, Juan Carlos — **Goes y el viejo café Vaccaro,** 1968.

PEREIRA, Antonio N. — **Recuerdos de mi tiempo,** 1891; **Cosas de antaño. Bocetos, Perfiles y Tradiciones interesantes y populares,** 1893; **Nuevas Cosas de Antaño...,** 1898; **Novísimas y últimas cosas de antaño...,** 1899.

PÉREZ MONTERO, Carlos — **La calle del 18 de Julio (1719-1875). Antecedentes para la historia de la Ciudad Nueva.** (Apartado de la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomos XVI y XVII), 1942; **Proceso evolutivo de la población de Montevideo durante el siglo XVIII, en El Primer Observatorio de Montevideo,** 1955; **Los Aledaños de Montevideo 1811, en la Revolución de 1811 en la Banda Oriental,** 1962.

PIRIA, Francisco — **Un pueblo que ríe,** 1886.

PLÁCIDO, Antonio D. — **Carnaval - Evocación de Montevideo en la Historia y la Tradición,** 1966.

RAMA, Ángel — **La belle époque,** Enciclopedia Uruguaya, Nº 28, 1966.

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA, Nº 4 — **El Barrio Peñarol - Viviendas de Rossell y Rius en el Reducto,** 1963.

ROS, Francisco J. — **Pleito Pocitos. Su historia y el Dictamen Profesional que a pedido de los propietarios demandados, produjo el Agrimensor...,** 1923.

ROSSI, Rómulo F. — **Recuerdos y crónicas de antaño,** tomos I, II, III y IV, 1922, 1924, 1926 y 1929.

ROSSI, Vicente — **Cosas de negros,** 1958.

SCALDAFERRO, Walter — **La Aguada y su Historia - Evocación al lugar donde nació nuestra patria,** 1967.

SIENRA, Rafael — **Llagas sociales. La calle Santa Teresa,** 1896.

VIDART ,Daniel — **El gran Montevideo,** Enciclopedia Uruguaya Nº 58, 1969.

VILLA COLÓN EN EL CINCUENTENARIO DE SU FUNDACIÓN, **1872-1922,** 1922.

VILLA DE LA UNIÓN — **Contribución al Estudio de su Historia** - Tomo I, 1937.

VISCA, Carlos — **Emilio Reus y su época,** 1963.

Editor Director: DANIEL ALJANATI. Editores Asociados: MARIO BENEDETTO y WALTER PERDOMO. Director Coordinador: JULIO ROSSIELLO. Secretario Gráfico: HORACIO AÑON. Fotografía: AMILCAR M. PERSICHETTI.

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo a la ley Nº 13.720 del 16 de diciembre de 1968 (COPRIN) $ 240.00.